
La Hierba del CIELO
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

Puede que oigan ustedes incontables versiones sobre el famoso misterio espacial que comenzó al regresar de un vuelo por las zonas superiores de la Exosfera.

Se ha hablado y escrito muchísimo sobre ello. La diferencia básica entre mi versión de los hechos y las restantes que circulan consiste en que yo -sólo yo- puedo contarles... 'la verdadera'.

La hierba del cielo

Joe Bennett

La hierba del cielo

Luchadores del Espacio, 150


JOE BENNETT
LA HIERBA DEL CIELO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal: V. 1408 —1959
EDITORIAL VALENCIANA —VALENCIA
Num. Rgtro.: 4165 —1959

CAPÍTULO I


La hierba del cielo
JOE BENNETT

CAPÍTULO PRIMERO

EL GIGANTE GRIS

Puede que oigan ustedes incontables versiones sobre el famoso misterio espacial que comenzó al regresar de un vuelo por las zonas superiores de la Exosfera.

Se ha hablado y escrito muchísimo sobre ello. La diferencia básica entre mi versión de los hechos y las restantes que circulan consiste en que yo —sólo yo— puedo contarles… «la verdadera».

Pero vayamos por partes. Cada cosa a su tiempo.

Seguro que todos ustedes han escuchado alguna vez este nombre mágico: WHITE SANDS. No me extraña. La Prensa, la Radio y la Televisión se encargan a diario de difundir hasta la mínima noticia que se produce en torno a la fabulosa Base Experimental norteamericana.

Hasta es posible que conozcan mi nombre: SAMUEL NELSON. Yo podría hablarles una semana seguida sobre White Sands, sus recintos, sus sectores alambrados y las gentes extraordinarias que pueblan este pedazo maravilloso nacido en plenos arenales de Nuevo Méjico. Una ciudad inmensa e inconcebible, que parece arrancada de nuestro tiempo.

Algo así —lo dijo cierto senador— como una porción del futuro plantada en medio del agitado y febril presente que vivimos. Yo opino que White Sands es la justa contrapartida de Los Alamos, ese otro Centro gigante considerado como la Ciudad Atómica más capaz del mundo. Estuve una vez —de paso— y no me impresionó la visita. Quizá porque mis ojos se habían curtido con creces después de conocer White Sands.

La mañana que debíamos superar, fuera de toda medida, el «récord» de altura alcanzado por el cohete biseccional V-2/WAC-Corporal «Bumper» (del cual les hablaré después) un «jeep» de la USAF vino a recogerme cuando la aurora empezaba a despuntar en un cielo plomizo y sereno.

Hicimos el recorrido hasta la base con los faros encendidos y devorando los kilómetros por la ancha faja de cemento, sin que ni el conductor uniformado ni yo despegásemos los labios. Él era veterano y yo también. Cuando impera la veteranía tengo observado que sobran las palabras.

Ahora, me gustaría poder definir mis sentimientos. Desde luego, no estaba inquieto. Esto lo recuerdo bien. Pero tampoco —mi memoria es fiel en todo— me hallaba lo que se dice plenamente

tranquilo.

Iba a ser uno de los elegidos. Sé que no puedo considerarme el único; pero todavía se cuentan con los dedos de las manos los pilotos que han tenido el privilegio de tripular cohetes experimentales. Yo soy uno de ellos. ¡He pasado la Exosfera a bordo de un ingenio triseccional propulsado!

Entramos en el campo raudamente. El silencio propio del amanecer dominaba la gran extensión, en la que se laboraba sin estridencias.

White Sands es un hormiguero de gentes que trabajan por equipos, cada cual atendiendo a su tarea con la eficiencia de especializados. Muchas de las cosas que allí suceden son ignoradas por la opinión pública, a diferencia de Cabo Cañaveral. El «jeep» dejó atrás las instalaciones generales y enfiló hacia la pista experimental número dos. Allí, destacando contra el firmamento aún estrellado, se silueteaba la imponente figura del «Gigante Gris», denominación familiar del cohete.

El general Davidson y un grupo de técnicos nos esperaban al pie del potentísimo mastodonte volante. El vehículo se detuvo, salté al suelo y saludé a mi superior, que me devolvió el ademán rutinariamente.

—Hola, Sammy —dijo Davidson—. Ahí lo tiene. Dispuesto para escalar el espacio.

—Magnífico aspecto —comenté—. Creo que ahora lograremos batir el «récord» y superar cualquier fantasía de nuestros cordiales adversarios soviéticos.

—Las cifras se mantendrán en secreto por algún tiempo. No van a poder «superarlas» sobre el papel como tienen por costumbre. Usted y nosotros seremos los únicos que conoceremos la verdad. ¿Qué tal se encuentra?

—Dispuesto, señor.

—Le invito a tomar una taza de café. Faltan unos treinta minutos para el lanzamiento.

—Acepto la invitación.

Varios vehículos con placa oficial se hallaban aparcados en el área del Campo Experimental Dos. No vi ninguno que correspondiese a la Prensa y ello me convenció de que el intento iba a efectuarse amparado por el velo de la reserva absoluta.

El grupo de científicos, integrado por especialistas a los que sólo conocía de oídas, siguió en torno a las torres que mantenían el supercohete en posición vertical, mientras el general Davidson y yo nos aproximábamos a una furgoneta equipada con radio.

Davidson extrajo de la trasera un termo y dos vasos de plástico. El café estaba azucarado y caliente. Me tonificó, porque el frío de la

madrugada se dejaba sentir.

Mientras lo bebía a lentos sorbos recorrí con la vista el fantástico «Gigante Gris». La mezcla de gasolina, oxígeno líquido y otro componente cuya naturaleza no especificaban todavía, eran los combustibles que darían el terrible impulso a los motores de sus secciones. Grandes bombas trasladaban el carburante desde los tanques de abastecimiento a los depósitos de sus tres etapas.

—Hay muchas esperanzas puestas en este proyectil, Sammy —dijo el general suavemente—. No había sentido tantas ilusiones desde los primeros vuelos experimentales.

—Lo comprendo, señor. El nacimiento de la Estación Espacial depende de que el «Gigante Gris» alcance la altura requerida y nos permita perfeccionar los lanzamientos posteriores hasta llegar a los mil setecientos kilómetros y pico para situarla en órbita. Éste podría ser el paso decisivo.

—Sí —Davidson mantuvo el vaso de plástico cerca de los labios, pero no bebió—. Es curioso. Nos hallamos al borde del éxito y un simple descuido puede hacernos fracasar. Un fallo de cualquier impulsor bastaría para echar por los suelos el esfuerzo de años y el gasto de cantidades exorbitantes. Resulta muy excitante esta incertidumbre, Sammy. A usted le aguarda un buen día de gloria si llevamos al «Gigante» más allá de la Exosfera.

—Lo llevaremos, señor. Y cuando descienda otra vez a la Tierra, habré reunido los datos precisos que necesitamos para el vuelo final.

El general afirmó despacio. Creo que adiviné lo que pensaba, porque también yo había hecho retroceder mis recuerdos algunos años atrás. Latían frescos en mi memoria los resonantes sucesos que tanta fama proporcionaron a White Sands. Recordaba, por ejemplo, que un avión-cohete tipo Bell-X-1A de la Fuerza Aérea norteamericana, voló en 1955 a más de veinticinco kilómetros de altura y a una velocidad dos veces superior a la del sonido. También recordaba el «salto» de aquel cohete «Viking» de la Marina que lo llevó hasta los 254 kilómetros. O sea, por arriba de la Exosfera.

Esta región de la atmósfera que envuelve a nuestro planeta es la que tanto deseábamos superar «de una vez para siempre» y con garantías de permanencia. El concepto de atmósfera (es decir, la capa gaseosa que rodea a la Tierra) resulta bastante genérico y el profano se ha acostumbrado a llamarla así, de tal forma que apenas conoce otro. Pero la atmósfera, específicamente, está dividida en regiones bien diferenciadas entre sí, que los científicos han clasificado de acuerdo con espesores y fenómenos característicos.

En primer lugar, desde el nivel del mar a los 13 kilómetros, tenemos la Troposfera o región isotérmica. Esta parte del cielo atmosférico no ofrece dificultades, porque cualquier avión moderno la

vence facilísimamente. En ella es donde las interacciones entre el aire frío y caliente da lugar a las variaciones del tiempo.

Partiendo de los 13 kilómetros hasta los 100, se abre una ancha faja conocida por Estratosfera. Sin duda la más interesante de las propiedades químicas de la estratosfera es la abundancia de una molécula conocida por ozono, que se encuentra especialmente entre los 33 y 70 kilómetros de altura. Su fórmula química es O3, y está compuesta por tres átomos de oxígeno. El ozono tiene muchísima importancia para los procesos vitales, ya que absorbe en enorme proporción los rayos ultravioleta que nos envía el Sol, los cuales, de no ser absorbidos, abrasarían a la raza humana hasta su extinción.

Después de la Estratosfera, llegando a los 200 kilómetros de altura, aparece la Ionosfera. En la Ionosfera se producen grandes modificaciones del oxígeno y del nitrógeno, modificaciones todas que juegan importantísimo papel en los procesos físicos de esta región. Los átomos y las moléculas anormales se presentan de varias maneras, pero la más importante es la causada por la absorción de la radiación solar.

Este proceso fenoménico se conoce por el nombre de «disociación»; o sea, separación de electrones de átomos o moléculas, con los que se obtienen partículas cargadas positivamente denominadas «iones». La consecuencia física recibe el nombre de «ionización», y de ahí que la zona haya sido bautizada como Ionosfera.

No deseo extenderme en descripciones físico-astrales, puesto que la Ionosfera —donde también se origina el soberbio fenómeno conocido por Aurora Boreal[1]— es rica en hechos notables que han resultado de incalculable valor para los estudios de laboratorio.

Por encima de la Ionosfera, alcanzando más allá de los 400 kilómetros, el aire se rarifica terriblemente. Sólo algunas partículas dispersas vagan de un lugar a otro. Las partículas son tan escasas que el aire apenas existe, superando la transparencia del mejor tubo de vacío que el hombre es capaz de construir. A esta ancha faja de la alta atmósfera se le denomina Exosfera y es, hoy por hoy, el objetivo principal de todas las investigaciones espaciales.

El estudio directo empleando cohetes ha permitido obtener informaciones muy valiosas sobre presiones, densidades y temperaturas. También sabemos bastante acerca del Sol, de la intensidad de sus radiaciones en la región de los rayos X del espectro y en las zonas de longitud de onda más corta que no alcanza a llegar al suelo a consecuencia de la absorción atmosférica.

La Ionosfera y la Exosfera marcan una divisoria, una frontera donde los astrónomos, físicos, ingenieros de cohetes y técnicos en experimentaciones espaciales riñen su cotidiana batalla contra un elemento que es su mortal enemigo: El Aire.

Los científicos, porque los fenómenos meteorológicos se manifiestan con brillantez, en medio de extraordinarios despliegues escénicos en los terrenos de su especialidad, empezando a brillar por simple choque con el referido gas. Ello dificulta los descubrimientos que todavía quedan pendientes. Los técnicos, porque la dichosa fricción impide el progreso de las astronaves y retrasa la fecha decisiva, el momento cumbre en la Historia, ese día glorioso que aguarda el Hombre para poder decir: «Hemos establecido la Estación Espacial desde donde contamos con una plataforma para volar a todos los rincones del Sistema Solar».

Cuatrocientos kilómetros arriba de la superficie, sobrepasando la exosfera y abrazando una altura imposible de calcular, comienza el Espacio.

Allí, a ese Espacio ignoto e infinito, soñamos en llevar un satélite artificial de ciclópeas proporciones «habitado por seres humanos», algo así como una maravillosa estrella prefabricada que girará en torno a la Tierra a una velocidad increíble y recorrerá, según cálculos teóricos, su ruta celeste a más de 1.700 kilómetros de distancia, dando la vuelta completa en torno al planeta... ¡en sólo dos horas!

Yo sé que en esto pensaba el general Davidson. Él era la cabeza directriz de nuestro grupo. Se le habían otorgado en White Sands toda clase de facilidades y prerrogativas.

Estoy capacitado para hablarles horas y horas sobre el gigantesco proyecto de la Estación Espacial... pero no lo haré. Porque la colocación en órbita del satélite, pieza por pieza, corresponde a otra rama de la Ciencia.

Nosotros —gente como yo— pertenecemos a las cuadrillas de pilotaje. Somos —por decirlo asó— los «conejillos de Indias» encargados de tripular cohetes cada vez más potentes y devolverlos a la Tierra para que los sabios estudien los conocimientos atesorados durante el viaje espacial. Ellos harán el trabajo; pero nosotros les «habremos preparado el terreno» del mejor modo posible.

Prometí hablar sobre el WAC-Corporal, y voy a decir algunas cosas antes de entrar de lleno en la verdadera historia que nos ocupa. Sé que la historia en sí es lo que más les interesa. Pero creo necesario incluir algunos detalles informativos que a la mayoría —especialmente a los profanos— les servirán de guía y elemental instrucción.

En otra de las cosas que sin duda pensaba el general Davidson mientras saboreaba a lentos sorbos su café, era en los lanzamientos de cohetes. Al fin y al cabo, esto constituye nuestra especialidad.

A la labor dedicamos todos los esfuerzos. Batallamos con ahínco. Mis jefes, desde hace 15 años. Yo, más recientemente; puede decirse que desde el mismo día que obtuve el título de piloto experimental interplanetario.

Para hacer un poco de historia diré que el 14 de septiembre de 1944 un cohete V-2 germano, fue lanzado desde una base isleña del Báltico y se remontó hasta una altura de 175 kilómetros.

Al finalizar la guerra mundial, otro V-2 fue disparado en la Base Experimental de White Sands y alcanzó los 182 kilómetros, más de cinco veces la mayor elevación conseguida por ningún globo meteorológico.

Pero el 24 de febrero de 1949 —una fecha que nadie olvida— un cohete de «dos etapas» llegó a los 402 kilómetros… ¡al mismo portal del espacio! ¡Habíamos traspasado la frontera de la Exosfera!

Fue un pequeño cohete WAC-Corporal «Bumper», disparado desde un V-2 que actuó de transporte o «primera etapa». A partir de entonces, el hombre se halló cada vez más cerca de alcanzar la deseada altura de 1.700 kilómetros que los sabios consideran obligada para el establecimiento de la Estación Espacial. Aquello significó la aceptación práctica de una teoría que se había tenido como impracticable. Me refiero, naturalmente, al lanzamiento de cohetes «por secciones».

Con una nave de una sola sección —tal como el V-2, el Viking o el Atlas— el motor del cohete debe impulsar la totalidad del mismo, incluidos los depósitos de combustible —ya vacíos— y que constituyen un peso inútil. La teoría del lanzamiento «por secciones» establece que conviene desprenderse de todo cuanto signifique peso una vez terminada su utilidad.

En el caso antes citado del V-2/WAC-Corporal «Bumper», el WAC despegó de la proa de un V-2 cuando ya éste había agotado su combustible. El WAC pudo seguir, pues, ascendiendo por impulso propio, lejos de la superficie.

El V-2, por sí solo, era capaz de alcanzar una altura de 212 kilómetros. El WAC podía subir unos 80. Las fuerzas de empuje combinadas, en buenas matemáticas, debían haber llegado por tanto a 292 kilómetros (212 más 80). Pero lo curioso del experimento fue que la cifra rebasó con creces el cálculo y el resultado se elevó a… ¡402 kilómetros!

Hoy en día, esta elevación ha sido superada. El Departamento Estatal de Cohetería cuida con celo de no divulgar cifras exactas y es preocupación constante ocultar los progresos científicos básicos en evitación de que alguna potencia extranjera los utilice para realizar un mal uso de ellos.

Nosotros —el grupo de Davidson— nos hallábamos la madrugada que comienza esta narración a punto de llevar a cabo un lanzamiento que batiría rotundamente todos los «récords» conocidos. La operación era, naturalmente, secreta.

Íbamos a subir el triseccional «Gigante Gris» —de tres etapas en

vez de dos— hasta el mismo corazón del Espacio. Si el experimento daba el resultado apetecido, los ingenieros de White Sands habrían encontrado el cohete idóneo para trasladar las partes esenciales de la Estación Espacial a su justa altura. He aquí el objetivo.

Yo voy a contar la historia tal como sucedió. Ésta no será, pues, la aventura de instalar en órbita el Gran Satélite Artificial que la Tierra desea proyectar al inmenso vacío. La crónica la dejo para sus artífices. Es el relato del experimento que nos abrió infinitas posibilidades de éxito, pero que, a su vez, permitió conocer un hallazgo impresionante al que se le llamó «la hierba del cielo».

Y ahora, cumplido mi deber informativo, vuelvo a reanudar los hechos en el mismo punto que los interrumpí antes.

Había terminado mi café. Davidson aún conservaba un par de dedos en el vaso de plástico. Su mirada pensativa, soñadora, contemplaba la enorme mole del «Gigante Gris» formado por tres impulsores. La toma de combustible llegaba a su fin. Pronto las cubas dejarían de bombear también los complementos de ácido nítrico hidracida y agua oxigenada. Entonces, el cohete se hallaría a punto de lanzamiento y los tripulantes ocuparíamos nuestros puestos.

Yo subiría «a la cabeza», o tercera etapa, como viajero distinguido. Otros dos pilotos se encerrarían en las secciones secundaria y primaria. Mientras los dos primeros impulsores, cumplida ya su misión de empuje, planearían el regreso a la superficie de la Tierra, el tercero —llevándome a bordo— continuaría acelerándose con rumbo al espacio, tratando de alcanzar los 1.700 kilómetros de altura.

Los motores a reacción acoplados a los impulsores primarios permitirían volar de regreso a los campos de lanzamiento, con lo que se recuperaría el material de cohetería y, tras una labor de ajuste, podría ser utilizado de nuevo. El recobro de estas enormes y complicadas partes usadas de la nave espacial por etapas ha sido siempre un grave problema, a cuya solución se ha llegado tras no pocos ensayos y derroches económicos.

—Listo para el despegue, señor —comunicó entonces un funcionario uniformado del campo, surgiendo ante nosotros de la oscuridad.

El general Davidson le miró con cierta sorpresa, igual que quien abandona un largo trance hipnótico. Habían terminado los sueños. Pasábamos, de golpe, a la realidad. Su mirada recorrió luego mi rostro, y yo asentí.

—Preparado —dije.

—Vaya a vestirse el equipo —dejó el vaso al lado del termo y me alargó la mano.

Parecía a punto de decir algo importante. Una especie de discurso

tiempo atrás ensayado. Sonrió, se encogió de hombros y estrechó con fuerza mi diestra.

—Suerte —murmuró.

—Gracias, general —repliqué.

Ocurre así en la vida. Los actos transcendentes, las grandes decisiones se toman con pasmosa sencillez, sin altisonancias.

Las tres secciones del «Gigante Gris» estaban ensambladas y los últimos ajustes habían sido hechos. El personal de montaje se alejaba en sus vehículos de taller del área del lanzamiento. Pronto la zona del Campo Experimental Dos quedaría desierta, ocupada por un par de docenas de técnicos y especialistas protegidos al amparo de los refugios.

Me dirigí —en unión de los otros dos pilotos— hacia el ascensor construido dentro de la altísima torre de carga. Las tripulaciones íbamos a ser izadas hasta la nave, cada cual a su sección prefijada. Un equipo de físicos realizaba las últimas comprobaciones, mientras varios empleados nos ayudaron a vestir el completo traje de vuelo espacial.

Al tiempo que cerraba broches y cremalleras, eché una ojeada a los motores a reacción colocados debajo de las alas delta de los dos impulsores primarios, a fin de convertirlos en grandes aviones de retropropulsión cuando se consumiese el combustible y las etapas se desprendiesen.

Un altoparlante anunció con metálico resonar que las personas ajenas al trabajo de lanzamiento despejasen el sector, situándose en línea tras la zona de seguridad. Una sirena gemía, a lo lejos, mientras el ascensor nos subía velozmente.

Llevábamos los cascos puestos y apenas alcanzábamos a vernos los ojos. Era firme la mirada de mis dos compañeros de aventura. Mirada resuelta y decidida. Salió el primero. Después el segundo. Yo, al quedar solo, murmuré una corta oración.

Por una escala pasé al interior del cohete. La cámara de acceso se cerró al accionar el mecanismo hermético. ¡Ya estaba aprisionado en la monumental lata de sardinas! Desde el puesto de dirección veía las alas delta, que centelleaban con brillo plateado y frío a la luz del alba. Comprobé los instrumentos. Todo en orden.

Nueve mil toneladas de peso a punto de salir disparadas al espacio. Una luz roja parpadeó en el tablero general. Solté el freno del sillón y el respaldo basculó suavemente.

—Etapa final a la escucha —contesté.

—¿Qué tal, Sammy? —preguntó la voz familiar de Davidson.

—A la orden, señor. Sin novedad.

—Falta un minuto para saltar. Pase revista.

—Ya lo hice. Cuando ustedes den la señal… ¡arriba!

—Cuarenta y cinco segundos.

Abajo, en la distante tierra del campo, un enjambre de mecánicos alejaba las torretas móviles y despejaban la zona. Solo los técnicos, armados de relojes, medidores e instrumentos extraños, aguardaban en el puesto de lanzamiento.

—Treinta segundos. Dé recuerdos a las estrellas de mi parte, Sammy.

—Encantado, general.

El «Gigante Gris», erguido en su elevada posición vertical, empezaba a manifestar señales de vida. Runruneaban los motores, muy apagados, y cantaban los giróscopos su sonata musicalera. El silbido del gas a presión adquiría fuerza, siguiendo la escalera que recorría una aguja larga y fina.

—Diez segundos… Nueve… Ocho… ¡Suerte, muchacho!

Pulsé el mecanismo sujetador y quedé adherido sólidamente al sillón de mandos. Iba a visitar el Espacio. Yo, un pobre ser humano, viajando hacia el Gran Cielo. Los segundos corrían, marcados por el latir ansioso de mi corazón. Zumbó un timbre. Era la despedida. El adiós. ¡Había llegado la «hora cero»!

Un rugido inmenso, sobrecogedor. Un estallido indescriptible de llamas, chispas, gases y estelas de humo picante. Sentí una vibración enorme. Un tirón brusco y duro que apretó mi espalda contra el asiento, quizá deseando aplastarme en él. La fuerza ascensional se reflejó en las esferas del salpicadero. La pantalla de teleobservación actuó por contacto automático y vi la rapidez con que la superficie terrestre se alejaba de mí.

La luz del alba iluminó mi Mundo, la vieja Tierra. La aceleración progresiva del cohete me mantenía como incrustado en el sillón. Pero mis facultades físicas y mentales no habían sufrido lesión alguna.

Hasta juraría que aquel lanzamiento era más dulce que la infinidad de pruebas a las que fui sometido en los cursillos preparatorios de prácticas aeroespaciales. Sabía que la fuerza inicial era de unas tres g, y el hombre adiestrado puede sufrir aceleraciones mucho mayores sin experimentar molestias.

Las nubes desaparecieron en la pantalla, borrándose de un soplo las últimas hilachas, lo mismo que si una mano rápida descorriese una cortina. El cielo sin matices, se iba tornando más y más oscuro. Negro. Algunas estrellas titilaban a lo lejos. La tierra era un cuarto de esfera desdibujado, sin mares, sin naciones, ni relieves. Me sentía, pese a hallarme firmemente sujeto, «caer en una especie de pozo». En efecto, caía.

Pero estaba cayendo «hacia arriba», con el cohete. Conocía el fenómeno. Se trataba de la fuerza de la gravedad… ¡que ya no la sentía! Me encontraba en ese estado conocido científicamente por sub-

gravedad o caída libre.

Aparentemente, carecía de peso. Sin embargo, soportaba bien la llamada gravedad cero, ya que la absoluta inmovilidad de los correajes impedían que saliese flotando.

El período de gran aceleración duraría solamente 8 o 9 minutos. El cohete había alcanzado ya una velocidad de 29.000 kilómetros por hora. Seguiría a tal velocidad durante unos cincuenta minutos más y por espacio de este tiempo persistiría la gravedad cero. En el transcurso de los primeros segundos mi organismo había recibido una aceleración equivalente a 8 g.

Una indicación en el tablero me advirtió que la primera etapa había dado de sí cuanto podía. Se desprendió. Le deseé buen aterrizaje al piloto que la tripulaba en su regreso a la Tierra. Entonces, entró en juego la segunda sección.

La disminución del peso hizo que el «Gigante Gris» ascendiese con redoblado empuje. Ahora subiríamos «más aprisa», porque los motores trabajaban con mayor eficacia en las rarificadas capas superiores de la atmósfera.

Hasta aquel momento llevábamos ascendidos más de 300 kilómetros, o sea, que estábamos a punto de coronar el borde de la Exosfera. Todo iba bien. ¡Tranquilo, Sammy! Cuando se desprendió la segunda etapa y «la cabeza» que yo tripulaba entró en funciones, volaba ya en el Espacio.

Puedo asegurar —a esto no tendrán nada que oponer mis superiores— que el establecimiento de la Estación Espacial es un hecho realizable. Poseemos medios de transporte para llegar «allá arriba». Los cohetes lanzados desde White Sands han sobrepasado alturas donde los escasos restos de aire constituyen un vacío más perfecto que el logrado por tubos electrónicos. Los hombres que tripularon esos cohetes —hombres como yo— hubiesen sentido hervir su sangre de no estar perfectamente protegidos por trajes y cabinas a presión. Existen hoy día, pues, elementos suficientes para dejar en ridículo cualquier hazaña como la del «Sputnik» soviético y los de sus minúsculos homónimos norteamericanos. La Estación Espacial «habitada» será una realidad.

Pero yo, como prometí, sólo voy a relatar «las consecuencias» que recogimos en este vuelo. Desde luego —y lo afirmo con sincero orgullo— el «Gigante Gris» batió todos los «récords» de altura. No consigno cifras exactas porque pesa sobre mi voz una prohibición tajante del propio general Davidson.

Lo que me propongo contarles es la historia de la «hierba del cielo». La verdadera. Saquen todos sus propias conclusiones y piensen —despacio— si no es un exceso incalificable de soberbia la que impulsa al ser humano intentando querer compararse al mismo Dios.

Podemos llegar muy lejos. Tanto, que resulta imposible prever… el horrible final.

CAPÍTULO II

VÍCTIMAS

Creo que dormí dieciséis horas seguidas después de mi feliz aterrizaje en los solitarios desiertos de Nuevo Méjico. La misión se llevó a cabo coronada por el más ruidoso éxito. Todo fueron alabanzas y felicitaciones, una buena parte de las cuales las recibió el general Davidson y las restantes nos las repartimos entre los demás.

En resumidas cuentas, un suceso que fue calificado —siempre en los círculos secretos, claro— de sensacional, porque el Alto Mando Experimental quedó satisfecho.

Norteamérica disponía al fin de un verdadero cohete triseccional apto para transportar al punto de órbita los elementos necesarios de que constaría la tan deseada Estación Espacial soñada por genios del calibre de Von Braun y otros. En ese aspecto podíamos sentirnos tranquilizados.

Estados Unidos sería la primera potencia mundial en poseer un satélite artificial habitado desde cuya atalaya podrían anticiparse, o prevenirse, guerras, perfeccionarse investigaciones físicas, químicas, electrónicas, astronómicas, rayos cósmicos, biología espacial y otras innumerables ramas del saber humano. Nos hallábamos capacitados para entrar «en contacto directo» con el Espacio. Y algo que era todavía mejor. A partir de una fecha designada... ¡podríamos permanecer definitivamente en él!

Supongo que plumas más autorizadas que la mía reseñarán dentro de algunos años todo el proceso astronáutico sobre la Estación Espacial. Contarán las mil vicisitudes y mostrarán a la luz pública interesantes crónicas hablando de los audaces pioneros del espacio.

Dejo para ellos esta tarea y renuncio de antemano a la primicia de desarrollar el gran temario de la conquista sideral. Yo continúo, como indiqué, informando sobre los sucesos que acaecieron «antes» de que las naves de transporte inicien la gran unión del satélite poblado por hombres y comience la gigantesca obra para la que White Sands, Monte Palomar, Cabo Cañaveral y hasta Los Alamos han cooperado con sus mejores cerebros a lo largo de varios lustros.

Las tres etapas constitucionales del supercohete tripulado que experimentamos aquella mañana histórica, regresaron a la Tierra conforme lo previsto. Ni siquiera «la cabeza», o sección cónica final que pilotaba yo, pasó por dificultades insuperables para volver. Ya expliqué que el acoplamiento de motores bajo las alas delta garantizaba el vuelo de retorno. Por supuesto, las alas y los motores se

utilizaron sólo al descender y una vez dentro de la atmósfera terrestre, ya que por las rarificadas capas superiores me bastó un planeo silencioso tras la descarga de una sección propulsora montada sobre ejes que obligaron a virar el cohete lanzando corrientes de gases hacia su costado.

Me levanté después de un sueño prolongado y reparador, sin que existiesen síntomas de fatiga. Era el mismo hombre de siempre, totalmente normal, a pesar de haber permanecido algún tiempo a bordo de una nave que me trasladó al Espacio.

No necesitaba rendir ningún informe al general Davidson, porque los instrumentos instalados en el «Gigante Gris» hablarían por mí y verterían el caudal de las enseñanzas recogidas a los científicos que ya debían hallarse estudiando los resultados cósmicos. Sabía que podía considerarme libre, con licencia para los próximos días, momentáneamente despegado de mi trabajo de pilotaje en White Sands.

Fui a ver a Joanna Burton —Joanna es la mujer por la que bebo los vientos—, pasé una somera revista médica, en la que certificaron que no existían deficiencias orgánicas en mi persona, y después, cerca del atardecer, decidí darme una vuelta por el campo, sólo animado por el deseo de echar una ojeada a las familiares instalaciones.

White Sands es un veneno para quien lo aspira alguna vez. Cuando se conoce su ambiente, la atracción es tan grande que ya no resulta posible vivir sin mantener estrecho contacto. Algo así como lo que debe ocurrir entre la Tierra y la Luna.

El general Davidson no se encontraba allí. Tenía reunión «de grandes». Estacioné mi coche en el aparcadero central y charlé un rato con otros pilotos que aguardaban a ser llamados para someterse a pruebas centrífugas. Luego, dejándome llevar por la costumbre, anduve hasta los enormes hangares en los que se guardaban las tres etapas recuperadas del «Gigante Gris».

Las partes del supercohete, una vez desunido, ya no permanecían en posición vertical. Desde el momento del regreso, fueron depositadas sobre amplias plataformas rodantes y los trenes móviles las trasladaron a lo que nosotros llamábamos hangares de recuperación, algo así como grandísimos almacenes donde se guardarían hasta que volviesen a ser utilizadas.

A la entrada del hangar, con la espalda apoyada en la pared, vi a Fred Midges, uno de los mecánicos jefes del equipo de repaso.

—Hola, Fred —dije—. ¿A qué viene esa cara?

—Hola, Sammy —contestó tras un suspiro—. ¡Que me aspen si lo sé! Seguramente las setas que preparó Mary para almorzar me han sentado como una coz de mula. Hace un momento tenía más vértigos que un piloto novicio… Incluso ahora me siento tan mareado como

una peonza.

—Exceso de trabajo. Ve a tomar el aire.

—Sí —gruñó algo ininteligible entre dientes—. Yo he terminado la jornada por hoy.

—¿Un cigarrillo? —ofrecí, sacudiendo el paquete.

—No —rehusó—. ¿Qué viento te trae por aquí?

—La inercia —encendí el extremo e inhalé una bocanada de humo—. Me dejo arrastrar por el hábito. ¿Está ahí dentro el «Gigante»?

—En tres trozos. Un buen «salto» el tuyo. He oído decir que si hay reparto de medallas, te darán una de las grandes.

—¿Ha sufrido muchos desperfectos?

—No. Alguna rozadura por fricción... y unas manchas de musgo azulado, prendido debajo de las alas. Seguro que rozaste algún bosque antes de posar el tren de aterrizaje en el campo.

—¿Musgo? —repetí, extrañado.

—Eso me pareció, al menos. No entiendo demasiado de botánica. Sé que era una hierba pegajosa y espesa, porque tuve que rascarla de la plancha —frunció las cejas—. ¡Uff! Dentro de mi cabeza hay una orquesta de ritmos trepidantes. Me... me largo a casa.

Al separase de la pared dio un traspié. Parecía ebrio. El color huía esporádicamente de sus ya desviadas mejillas. Me miró con ojos febriles.

—Algo anda mal —mascculló—. De veras, Sammy. No... no me encuentro en forma.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—Déjalo. Mary se asustaría viéndome llegar acompañado y pensaría que estoy cadáver. En todo caso... échame una mano para cerrar la corredera del hangar.

Le observé un segundo. Fred Midges parecía a punto de dar de bruces contra el suelo. Sacudí la ceniza del pitillo y lo coloqué en mi boca.

—No seas terco —contesté, alargando las manos hacia él.

—¡Eh, no me toques! —rechazó improvisando una valiente sonrisa—. Puedo valerme por mí mismo. Cualquiera diría que soy un inválido... vamos. Arrima el hombro y cerremos esto.

—Haré algo más —dije, comprendiendo su deseo de no mostrarse débil ante mí—. Yo daré el portazo al hangar. Anda, Fred. Lárgate.

—¿Me... me voy tranquilo?

—Del todo. Tómate una aspirina y suda debajo de un montón de mantas. Mañana estarás como nuevo.

—Claro. Hasta... hasta mañana, Sammy.

Le dije adiós con una mano y me volví a verle caminar por la franja divisoria de cemento, dibujando eses con pies de plomo hacia

los vestuarios. Ignoraba, por supuesto, que era la última vez que veía a Fred Midges con vida.

Es muy posible que alguien piense que obré mal. Tal vez me condenen de antemano y recriminen mi conducta por no haberle prestado la necesaria ayuda. A cuantos opinan de esta forma, puedo replicarles que entonces yo —y todo el resto del Mundo— me hallaba muy lejos de saber la verdadera clase de mal que padecía el mecánico jefe.

Por otra parte, para Midges constituía una humillación la simple idea de aceptar mis auxilios. Era uno de esos hombres que presumen de fuertes, dotados de estómago de hierro e inquebrantable voluntad. Le vi alejarse, y mecí la cabeza a lentos movimientos de desaprobación. Pero confieso que tardé bien poco en olvidarme de él.

Permanecí dando vueltas por el hangar de recuperación como cosa de unos treinta minutos. Me fascinaba la visión del «Gigante Gris» desdoblado en tres monumentales porciones horizontales. Los focos suspendidos del techo arrancaban cegadores brillos al chocar la luz de sus haces con la pulida superficie exterior.

He aquí la astronave capaz de transportar un nuevo mundo artificial al espacio. He aquí mi vehículo. Me sentía pletórico de satisfacción.

También habrá muchos —esas gentes de espíritu crítico— que verterán todo su veneno sobre mí al saber la indiferencia plena con que acogí la explicación de Midges respecto a la «hierba azul». Ni siquiera le di crédito, considerándola una humorada del eternamente jovial mecánico. Reconozco que no le concedí ninguna importancia.

Terminé el cigarrillo, me paseé de una punta a otra del vasto recinto y por último, saturado del grandioso espectáculo, apagué el cuadro general de luces, cerré la puerta y salí al exterior. Si mi falta de interés por su revelación pudiese ser considerada un delito penal, no cabe duda de que hace tiempo habría sido condenado a la silla eléctrica.

En realidad, no volví a recordar sus palabras hasta el día siguiente. Además coincidiendo casi con mi salida, fue cuando ocurrió la fatal agonía de Charley, otro de los mecánicos del equipo de Midges. Admito —contra toda malintencionada murmuración— que ni tan sólo consideré el suceso bajo el punto de vista de una posible asociación de hechos. Vivía ajeno a cualquier sospecha. Pónganse en mi situación y admitirán que es perfectamente razonable la falta de suspicacia.

Yo caminaba hacia el aparcadero, dejaba a mi derecha los barracones del personal de vigilancia. Aproximadamente unos treinta metros por delante, destacaba el resplandor de la cantina. Era éste el lugar más animado de todo el campo. Los empleados salientes y

entrantes de turno se reunían allí para beber el último jarro de cerveza o la primera taza de café. Muchas veces me he detenido yo también al terminar una prueba o un trabajo. Entonces —lo recuerdo igual que si el sonido retumbase aún en mi cerebro— el gemido agudo de una sirena quebró la parcial quietud que, al conjuro del anochecer, iba adueñándose del sector.

—¡Alarma! —pensé.

Pero no era alarma; al menos, del tipo escandaloso que yo suponía. Una ambulancia chata de la USAF, deslizándose como un bólido por la pista anexa al campo de despegue, corría velozmente en dirección al edificio de la cantina. La sirena sembró la inquietud en pocos segundos, y cuando me lancé a correr, ya había varias personas que me precedían.

Los dos enfermeros asidos a los estribos del coche saltaron a tierra antes de que el chirriante frenazo de neumáticos se acallase. Les vi irrumpir en la cantina apartando al racimo de curiosos que se apiñaba ante la entrada. Apreté el paso y llegué, jadeante, cuando Charley era tendido en la camilla, preso de un violento frenesí que le obligaba a retorcerse increíblemente.

El personal sanitario tuvo que emplear los amarres para sujetarlo. Una algarabía de voces excitadas nacía en torno. El trompazo de las puertas traseras de la ambulancia al cerrarse se impuso momentáneamente sobre el griterío y luego, volviendo a hacer sonar la sirena, el vehículo arrancó recto a la clínica de la Base.

Peter Grimm, un ajustador del equipo C que trabajaba en la sala de reactores, manoteaba con gesticulante nerviosismo y explicaba lo sucedido al corrillo ansioso que le rodeaba. Me aproximé y estiré el cuello. Éstas fueron las palabras que alcancé a escuchar:

—No lo comprendo, chicos... ¡Por todos los diablos, no lo comprendo! Hace un par de horas se encontraba perfectamente. Hasta pensábamos ir a bailar esta noche con unas amigas de mi hermana Dona. ¡Y parecía fuerte como un roble! —Peter Grimm se mesaba los cabellos de desesperación—. Al terminar la jornada vinimos aquí. Decía que le dolía la cabeza. ¡Pobre Charley! Le recomendé que tomase algo fuerte... ¡Debíais haber visto cómo empezó a hincharse su carne y a adquirir el cochino color azulado! ¡La piel se iba volviendo azul, os lo juro! Luego, le sobrevino el ataque y tuvimos que avisar al hospital. ¡Esto es para volverse loco...!

Repitió lo mismo a cuantos se interesaban por conocer lo sucedido y la impresión que le dominaba debía ser tan intensa que hasta empleaba idénticas frases, igual que quien ha emprendido indeleblemente una lección. La situación no me resultaba agradable y, en consecuencia, al conocer someramente lo ocurrido me alejé de la cantina y fui en busca de mi coche.

Faltando unos pocos metros para llegar al aparcadero, nuevamente la chillona sirena de otra ambulancia —o quizá la misma— se dejó oír en dirección a los pabellones dormitorio. Iban a por otro enfermo.

—Parece que algún duende maléfico anda suelto por el campo, capitán Nelson —comentó el guarda del «parking»—. En varias semanas no habían tenido los chicos de la clínica tanta actividad como esta noche. Y eso que no ha habido contratiempos técnicos.

—Vaya —mascullé—. Se han puesto de acuerdo para enfermar todos a la misma hora. ¿Será epidemia?

—¡Oh, no lo diga en broma, capitán! —advirtió el empleado—. Por lo que he oído decir, cabe creerse en algo así.

Acababa de abrir la portezuela y me dejé caer en el asiento. Introduje la llave en la ranura del contacto y solté el freno de mano. La contestación hizo nacer una duda —tal vez la primera— en mi mente preocupada.

—¿Por qué lo cree, Robert?

—Usted conoce a Fred Midges, ¿verdad?

—Sí. Estuve charlando con él hará menos de una hora…

—Pues alrededor de ese tiempo vinieron los «blancos»[2] a buscarle. Se desplomó delante de mis narices y empezó a estremecerse como un flan de gelatina. Daba miedo verle. Se puso azul, y la cara y manos se le hincharon igual que globos. También lo trasladaron al hospital.

—Fred Midges… —repetí estupefacto.

—Después fue Charley. Usted habrá alcanzado a verlo salir de la cantina —siguió—. Dijeron que eran los mismos síntomas. Hinchazón y color azul. ¿No es esto muy raro, capitán Nelson?

—En efecto —tiré del botón de arranque y el motor de mi coche empezó a palpitar—. Esperemos que no pase de ahí el conflicto. El azul no es precisamente mi color favorito.

Cuando pronuncié las últimas palabras traté de dotarlas del habitual tono desenfadado; pero ya la incertidumbre hacía mella en mi ánimo y sentía mi mente corroída por extrañas premoniciones. Me despedí del viejo Robert con un ademán, coloqué la segunda velocidad y viré acelerando hacia la pista de salida. Antes de abandonar el campo, la ambulancia militar pasó a todo gas camino de la clínica de urgencia.

Aunque no lo sabía, estaba viviendo la primera fase de un proceso terrible. Fred Midges, Charley y Tim Danton —el hombre que ahora había ido a recoger el personal sanitario— fueron las primeras víctimas por contacto de lo que más tarde se dio en llamar «la hierba del cielo».

Claro que, en honor a la verdad, estos horrores no empecé a

asociarlos hasta la mañana siguiente. «Víctimas» en White Sands. Por lo pronto yo —actor principal de un drama— seguía ignorando la realidad. Sin embargo, no fue por mucho tiempo. La historia no había hecho más que comenzar.

CAPÍTULO III

UNA HIERBA AZUL

Eran las diez de la mañana cuando finalicé el desayuno. Contra mi costumbre, la noche pasada no dormí demasiado bien.

Sería presunción por mi parte achacar el insomnio a unas causas que todavía estaban por llegar; pero la desazón se hizo tan patente e insostenible que ahora, vistos los sucesos a distancia, no puedo menos que pensar en lo acertado de ciertos presentimientos humanos.

Después de desayunar, y sólo como medida de cortesía, telefoneé al despacho privado que el general Davidson ocupaba en el polígono militar de White Sands. Descolgó el aparato su secretaria, una mujer con galones de sargento y genio digno de tal graduación. Al saber de quien se trataba pasó la comunicación al general.

—¿Sammy? —preguntó éste con su vozarrón inconfundible.

—A sus órdenes, señor —repliqué—. El mismo. ¿Algo nuevo para un impaciente piloto de pruebas? Las vacaciones no me sientan bien, general Davidson. Hasta he perdido el sueño.

—Pues, sí —convino gravemente—. Hay algo nuevo... ¡Y espeluznante, Sammy! Le garantizo que seguirá desvelado. Medio White Sands anda de cabeza y la otra mitad permanece en observación, sufriendo la más grande cuarentena que conozco. Se ha manifestado una enfermedad de tipo desconocido contra la que no existe medicación adecuada. Una especie de peste azul que hasta el momento presente ha logrado tres víctimas en cuestión de horas. ¿Dónde diablos llevó usted el «Gigante Gris»? ¡Yo diría que es contagioso sólo echarle la vista encima! Tres funcionarios del equipo mecánico se han...

—Perdone, señor —interrumpí, excitado—. ¿Se refiere usted a Fred Midges?

—Justo. ¿Cómo lo supo? Creíamos que no había trascendido fuera de los límites de White Sands.

—Verá. Ayer tarde me di una vuelta por el campo. Charlé con Fred y me dijo que no se encontraba bien...

—Hoy está «bien del todo».

—Celebro la rápida mejoría...

—No es eso, muchacho. Ha descansado en paz «para siempre». Él, Charley Whas y Tim Danton fallecieron a consecuencia de una extraña dilatación orgánica acompañada de epidérmica pigmentación azul. ¡Muertos los tres!

—¡Muertos! —repetí boquiabierto—. Pero... ¡pero si no es

posible!

—Vaya que lo es. Póngase la gorra y venga corriendo a mi despacho. Se lo demostraré. De todas formas pensaba llamarle. No deja de ser curioso el hecho de que esas personas fueran, precisamente, parte del personal encargado de acondicionar y repasar las etapas del supercohete. Algo debe usted haber recogido en el Espacio. «Algo» desconocido... y mortal. ¿Qué es ello? ¡Al infierno si lo sé! Tengo una comisión de cerebros investigadores husmeando en torno al aparato. Quizá usted consiga aportar alguna idea digna de interés.

—Me... me presentaré enseguida, señor.

—Le espero. Adiós, Sammy.

Así empezó la aventura siniestra que conmocionó al mundo... a pesar de que el mundo nunca conoció la verdad.

Ahora, hecho examen de conciencia y ajustadas mis cuentas sociales, todo lo veo de forma distinta a la mañana en que Davidson y yo hablamos por teléfono.

Ha pasado el tiempo. Dicen que el tiempo cicatriza cualquier clase de herida. Esta «herida» feroz que recibió la Humanidad sólo fue conocida por unos pocos —entre los cuales me cuento yo— y a todos, sin distinción, se les ordenó guardar absoluto silencio.

Hoy puedo relatar lo ocurrido sin omitir ninguna de sus partes esenciales. Cuando terminen la lectura de estas cuartillas comprenderán por qué. Yo espero que algún día salgan a la luz pública y entonces...

Pero eso importa poco. Especialmente para mí.

Saqué el coche del garaje y salí como una bala de cañón hacia las dependencias burocráticas de White Sands. Durante el camino, fuertemente impresionado por lo que acababa de saber, pasé revista mental a los exiguos hechos que conocía. Entonces —fue entonces precisamente— recordé las palabras de Fred Midges, las cuales encerraban ahora un alto valor testamentario.

—«Algunas rozaduras por fricción... y unas manchas de musgo azulado, prendido debajo de las alas. Seguro que rozaste algún bosque antes de posar el tren de aterrizaje en el campo».

Sentí un escalofrío. ¡Musgo azul! «Una hierba» que Fred Midges se vio obligado a rascar de la plancha porque se adhería a ella tenazmente. Pisé el acelerador a fondo y los abrasantes deseos de verme ante el general Davidson se centuplicaron.

Llegué a su despacho unos quince minutos más tarde. Mi jefe había dado instrucciones concretas respecto a la recepción y fui invitado a pasar sin hacer antesala.

El propio Davidson, tendiéndome la diestra, acudió a recibirme. Le vi emocionado. No se parecía demasiado al hombre recio y seguro

de sí que yo conocía.

—Acomódese —ofreció—. Tenemos mucho que hablar.

—Creo que poseo una pista, señor —dije—. Fred Midges me la facilitó ayer tarde... pero yo no alcancé a comprender su importancia hasta ahora. Es algo inverosímil. Lo más absurdo e increíble que mente humana puede concebir...

—No emplee tantos rodeos... ¡y suelte de una vez la información, Sammy! ¡Cualquier cosa es buena cuando se atizan palos de ciego en las tinieblas!

—Ignoro hasta qué punto podrá servirnos —agregué impertérrito, intentando preparar el terreno para que Davidson no tomase mis palabras tan a la ligera como yo las del infortunado mecánico—. Tal vez esté relacionado con el mal que causó la muerte o tal vez...

—¡Sammy! —se impacientó—. Esto es algo muy serio. Más de lo que parece a simple vista. ¡Hable!

Relaté, tratando de no poner demasiada pasión en ello, cuanto me dijo Midges sobre «la hierba». Por extraño que parezca —y a mí me lo parecía bastante—, el general aceptó la explicación sin descomponerse ni prorrumpir en carcajadas.

Al contrario. Dio un noventa por ciento de crédito a lo que yo juzgaba irreal fantasía. Un frunce de preocupación surcaba su frente cuando manifestó:

—Una hierba... Un vegetal... Algo «vivo» que el supercohete recogió en su trayectoria por el Espacio... ¿Es posible que existan jardines estelares más allá de la exosfera? ¡Oh, Sammy! ¡Temo que divague y no precisamente por el camino de la cordura!

—Yo sigo creyendo que es absurdo, señor. ¡Fred Midges debió equivocarse!

—¿Y si no hubo error? ¿Y si, efectivamente, el «Gigante Gris» atravesó una zona donde existen raras especies vegetales en suspensión? Esto es lo que menos me inquieta, en realidad. ¡Los efectos de la hierba es lo aterrador! Mire —abrió un cajón de su mesa-escritorio y extrajo varias fotografías ampliadas—. Examínelas. Corresponden a los cadáveres de Midges, Charley y Danton. ¡Están irreconocibles! Inflados como botas... ¡y azules! En el transcurso de horas, demostrando la malignidad y virulencia de la enfermedad espacial, murieron los tres. No poseemos remedio médico en la Tierra. ¡Ninguno! Si por desgracia existiesen más contagiados, se declararía una epidemia imposible de atajar. Pero ahora —agregó, crispando los puños— ya contamos con un punto de partida. Esa nefasta planta debe ser el origen del mal. Un virus de apariencia herbosa que procede del espacio. ¿Y por qué no? ¿Acaso podemos nosotros, ignorantes mortales, discernir lo que nos aguarda en las profundidades del Cosmos? ¿Estamos capacitados para hacer distinciones entre «lo

posible» y «lo imposible» que reina en unas esferas todavía inalcanzables? Es espantosa la sospecha que Midges ha hecho brotar en nuestro ánimo. Pero yo empiezo a considerar la hipótesis como plausible no obstante su innegable peliagudez…

Davidson hablaba en tono alto, reflexivo, como tratando de coordinar verbalmente la inconexión mental de su cerebro. Yo apenas le escuchaba. Oía las palabras lo mismo que si las pronunciase alguien situado a mucha distancia. El murmullo llegaba borroso a mi mente, porque la tenía ocupada en otras ideas intensamente agobiadoras que provocaba la simple visión de las fotografías.

Aquellos meros documentos gráficos de un horror que carecía de precedentes lograban escalofriarme. Yo conocía a los tres. Midges, Charley y Danton eran caras familiares para los individuos que como yo, acostumbraban a frecuentar el hangar de recuperación. Pero ahora, casi me resultaba utópico identificarles.

Los rostros hinchados, rodeados de bolsas que medio cubrían los ojos, sus bocas agrietadas y estallantes, los cráneos poblados de calvas, denotando la rápida caída del cabello por muerte instantánea… Espantoso de todo punto.

Las fotos abarcaban varias fases de la enfermedad. En los procesos finales, los cuerpos se asemejaban a burbujeantes masas purulentas, llagadas, corroídas físicamente… Las aparté de mi vista con visible repugnancia. Davidson lo advirtió enseguida.

—Jamás encontró nada igual, ¿verdad?

—Ni siquiera las víctimas de radiaciones atómicas presentan un aspecto tan devastador.

—La autopsia tampoco ha revelado nada; excepto completa y total destrucción interior. Quizá esa «hierba», Sammy, resulte mil veces peor que las quemaduras radio-isotópicas. Usted conoce las zonas atmosféricas. En cada capa existe su peligro determinado, bien sea molecular, radiactivo, cósmico o ionizante. ¿Por qué no suponer que en el Espacio, donde la carencia de aire puede determinar agentes anormalísimos, existen amenazas que el hombre de ciencia apenas alcanza a soñar? Aquí tenemos un ejemplo irrefutable. La única novedad que al parecer presenta el cohete tras regresar de su vuelo extra-atmosférico, es un manchón de musgo o hierba adherido bajo las alas. Bien, Sammy. Temo que «sólo» a esa causa nos es dable achacar lo sucedido.

—Podemos equivocarnos, señor.

—Ojalá. Lo celebraría. Como celebraría también que las tres víctimas de White Sands fuesen las primeras y últimas del mundo. Hay que averiguarlo sin pérdida de tiempo. Cuando un mal de esta inconcebible naturaleza pende sobre la Humanidad, sólo existe un anhelo: Destruirlo. Nos dirigiremos directamente al Campo e

informaremos a la comisión revisora que se esfuerza en esclarecer el misterio. Si adquirimos la certeza de haber dado en el clavo, procederemos a aislar el peligro. Después, sin paliativos, ¡destrucción total!

—¿Cómo?

—No haga preguntas capciosas. ¡Que Dios nos ilumine para encontrar el remedio seguro!

—Conforme, señor. En marcha. Abajo tengo mi coche...

—Un momento —Davidson me miró escrutadoramente—. Quizá estoy abusando de mi autoridad y sobreestimo su obediencia, Sammy. Usted no ignora que le aprecio como a un hijo; pero, en resumen, su labor en los campos experimentales se limita a pilotaje. Este asunto no promete grandes delicias, sino todo lo contrario. Necesito conocer la opinión formal...

—Me uno a la partida, general —atajé—. Fred Midges era un buen amigo. Imagino la pena que afligirá a su esposa. Además, me siento en deuda con ambos. Yo... yo traje esa abominable «hierba» del alto cielo...

—Olvídelo. No tiene nada que reprocharse. Le acepto a mi lado, porque un hombre de su calibre siempre es de utilidad. Pero no se torture con remordimientos estúpidos. Si vamos a buscar culpables... deberá señalar una larga lista. Técnicos, ingenieros, especialistas. El esfuerzo unido de muchas ciencias dio vida al «Gigante Gris», vehículo impersonal de una plaga cósmica. ¡Ah! Póngame también en la lista. Yo di la orden de lanzamiento.

Davidson y yo nos miramos... y sonreímos. Quería tranquilizar mi alma. No diré que lo consiguiera, pero me alivió su defensa.

Más tarde —cuando los acontecimientos se complicaron— fui adquiriendo la obsesión de que toda la culpa me correspondía por entero, se convirtió en un continuo martirio psíquico. Pero hablar de ello sería prematuro.

En mi coche, lanzados velozmente, entramos en el campo y dejamos atrás los controles de seguridad impuestos como vigilancia. No me detuve en el «parking» atendido por Robert, sino que torcí a la derecha y, siguiendo instrucciones del general, frené delante mismo del hangar de recuperación, donde la comisión de «cerebros husmeadores» designada por mi jefe investigaba sin cesar.

Los centinelas de puesto ante la entrada saludaron respetuosamente a Davidson, quien correspondió sin dejar de caminar. La Comisión estaba integrada por seis hombres. Manejaban aparatos de medición, comprobadores, contadores multisensibles e instrumentos de alta precisión. En sus caras se leía que no disponían del menor fruto para ofrecer a Davidson. Éste los abarcó a todos de un cabezazo y gruñó:

—No se molesten. Ya supongo que han fracasado.

—Realmente, no hay tal fracaso, general —contestó uno de ellos llamado Pembridge—. Hasta el momento, todo aparece en perfecto orden.

—Les he enviado para buscar…

—Y buscamos. La suerte nos ha vuelto la espalda. O es que «no hay nada que encontrar», general. Mandos, estructura, fuselaje… Todo igual que cuando el cohete fue lanzado al espacio. Los escasos síntomas de radiación cósmica que todavía se advierten, muy diluidos, son originados por la permanencia en las capas superiores de la atmósfera. Inofensivas de todo punto, por añadidura. ¿Digo bien, Saxon?

—Sí —afirmó el llamado Saxon, un hombre de cara ratonil y ojos vivaces—. No alcanzarían ni a matar a una hormiga. Estoy de completo acuerdo con Pembridge…

—¿Han mirado debajo de las alas delta? —interrogó Davidson.

—También.

—Me refiero a las del «cono», o tercera etapa.

—Hemos examinado las tres secciones.

—¿Y no hay nada?

—Nada sospechoso, se entiende. A no ser que considere como algo extraordinario unas simples manchas de óxido.

La palabra «óxido» tuvo un efecto resonante en la mente de Davidson y en la mía. Creo que ambos nos sentimos ensordecidos como a consecuencia de una horrísona explosión. «¡Óxido!».

Los científicos comisionados para inspeccionar el cohete nos miraron sin disimular su extrañeza. Davidson, exudando resuelta energía, apartó a Pembridge y anduvo a lo largo de la astronave, directo a las triangulares alas.

—Le aseguro, general, que…

—Venga aquí con sus aparatos. Eso que usted califica de óxido es una corrosión causada por el agente más letal que jamás descendió sobre la Tierra. ¡Hablo en serio!

Debieron tomarle por loco. Hasta me pareció escuchar una risita irónica. Pero lo cierto es que cuando Davidson echó a andar, yo me pegué a sus talones y, tras de mí, nos siguió la comisión en peso.

La voz de Fred Midges, persistente, retumbaba en mi cerebro despertando prolongados ecos. Así pues, había una mancha. ¡Una mancha debajo de las alas! ¡No vio visiones!

Cada segundo que transcurría nos aproximaba más al increíble descubrimiento. Una hierba espacial cuyo esponjoso contacto… ¡corroía el durísimo metal antifricción del cohete! ¡No!

—Ahí la tiene —gruñó Pembridge, señalando la ferruginosa placa con el índice—. No me diga que…

—Lo único que le digo —atajó Davidson— es que la señal no obedece a oxidación. ¡Miren el suelo!

La imperativa orden nos obligó a obedecer. El suelo de tierra apisonada, abarcando un sector circular colocado al pie de las alas que no excedería de cuarenta centímetros, se hallaba humedecido. Pero no era una humedad «conocida», tal como la que produce el agua al derramarse, el aceite o los compuestos de lubrificantes grasos. Era una humedad que parecía inflamada y el piso mojado poseía... ¡un característico azulón!

—¿Cree que el óxido ha goteado hasta formar ese charquito extraño? —increpó Davidson—. ¿De dónde salió el tinte?

Pembridge, amostazado, miró a Saxon y Saxon, frunciendo el entrecejo, a los restantes miembros del grupo. Hasta entonces, ninguno de ellos había advertido este detalle o, si lo advirtió, no le concedió excesivo interés. Después de todo, en los hangares abundan las manchas aceitosas y las huellas dejadas al manejar los pesados titanes del cielo. Yo mismo —desconociendo el relato de Midges— habría pasado por alto la húmeda muestra. Pero... ¡el desconcierto sembrado fructificaba!

—Usted sabe algo que nos está ocultando, general —observó Burgess, otro de los científicos—. A mí no me engaña. Ha ido demasiado recto al asunto...

—¡No acerquen las manos! —prohibió Davidson—. Manténganse a distancia, porque «eso» les contaminaría. Aislaremos el foco infeccioso cuando dispongamos de suficientes garantías de protección... y será analizada su composición con todo género de cuidados. Usted, Pembridge, haga funcionar los aparatos. ¡Quiero saber lo que revelan!

Como de costumbre, mi jefe era dueño de la situación. Le obedecieron igual que si se tratase de un solo hombre. Algunos nos arrodillamos. Otros permanecieron en cuclillas.

Un cerco de instrumentos fue enfocado sobre la mancha y el azulado charquito. Los resultados no se hicieron esperar.

—Posee un elemento fundamental de tipo... ¡orgánico! —se asombró Kinnison—. Podría decirse que esa humedad es... es... ¡«cosa viva»!

—Gracias, Kinnison —afirmó el general—. Muy útil su aparatito en forma de reloj despertador.

Pembridge, que mantenía en alto una palanca de exploración pendiente de la cual oscilaba un aplanado «Geiger», amplió:

—Radiactividad... ¡Escuchen el tic-tac del contador! Existe un «campo» radiactivo que ocupa el espacio desde la oxidación del ala hasta tierra. ¡Radiactividad, general!

—¿Algo más?

—Fuga de iones sueltos —informó Saxon—. Dispersión. Debilísima, pero detectable. ¡No es posible!

—Después de oírles a ustedes considero que ya «todo es posible», caballeros —runfló Davidson—. No abandonen el trabajo. Recuerden que a partir de ahora quedan bajo control y sometidos a silencio total. ¡Ni media palabra a nadie! Sus esposas, sus hijos, sus familiares... ¡deben ignorar lo que acabamos de obtener!

—Pero...

—No admito objeciones de ningún género. Ustedes trabajan bajo mis órdenes y les exijo obediencia ciega.

—Considero que tenemos derecho a saber de qué se trata. Hay algo oscuro en todo este asunto. ¿Es justa mi petición, general?

—Justa, Pembridge —concedió Davidson—. Les pondré al corriente nada más disponga de tiempo. Tal como están las circunstancias, desperdiciar un segundo puede acarrear dolorosos resultados para el género humano. Sólo a título de orientación les diré tres cosas.

—Bien —animó Saxon—. Oigámoslas.

—Primera: El fenómeno que ustedes consideraron «oxidación» fue producido por una hierba espacial adherida debajo de las alas...

—¡General! —exclamó Kinnison—. ¿Nos toma por niños?

—¡Una hierba! —repitieron Blomer y Stanton, hasta entonces mudos.

—Cierto. Un vegetal ignoto y «vivo».

—Yo no lo creo...

—Lo creerá dentro de pocas horas, Burgess. Segunda: Tres hombres, tres funcionarios de White Sands, han muerto por contacto. Ustedes los conocen: Fred Midges, Charley Whas y Tim Danton. He aquí sus nombres...

—¡Inverosímil! —refutó de nuevo Burgess.

—Tercera —siguió Davidson sordo a la interrupción—. Hay que descubrir el paradero de esa «hierba», ponerla fuera del alcance de cualquier persona... y mandar un informe completo a Washington, al Pentágono, para que nos delimite la línea de conducta en casos parecidos factibles de presentarse en el futuro. Esto es todo, caballeros. ¡Manos a la obra!

Se volvió hacia mí, imperativo.

—Sammy —ordenó—. Busque al encargado del personal de talleres, a la persona que distribuye los trabajos. Necesito conocer inmediatamente la labor específica que desempeñaban Midges, Whas y Danton. Ellos son nuestro mejor camino para seguirle la pista a la «hierba» ¿Entendido?

Asentí de un cabezazo.

—Espero sus noticias aquí, porque no pienso moverme del hangar

por ahora. No tarde.

Salí a largas zancadas del recinto y me encaminé en línea recta a las oficinas. A mis espaldas, bulliciosas, fueron apagándose las voces de los comisionados y la del general, que continuaba impartiendo mandatos secos y rápidos.

No tenía miedo. Sólo un poco de aprensión y otro poco de zozobra por la responsabilidad que, sin suponerlo, había echado voluntariamente sobre mis hombros al insistir en permanecer junto a Davidson. Aún no lograba ni tan sólo vislumbrar la magnitud del conflicto que se nos venía encima.

CAPÍTULO IV

WHITE SANDS, ZONA DE PELIGRO

Fue un día realmente agitado por todos conceptos. Un regimiento de personas se vio movilizado cuando el general Davidson empezó a vociferar enérgicamente. Y cada cual tuvo trabajo suficiente para desterrar cualquier clase de aburrimiento.

Los informes que me había pedido los obtuve con relativa facilidad. El asunto, a pesar de las ramificaciones y la compleja vastedad que adquirió a las pocas horas, siguió llevándose en el más riguroso secreto. Prueba fehaciente de ello es que todavía a estas alturas la mayor parte del mundo ignora la causa de los sucesos que conmovieron a la famosa Base Experimental de Nuevo Méjico, y por ello circulan tantas y tan inexactas versiones.

Desde la misma oficina, tratando siempre de ganar tiempo, telefoneé al hangar de recuperación. El general descolgó el aparato y tronó:

—¡Diga!

—Soy Nelson, señor.

—¡Ah, Sammy! ¿Ha ido a informarse en el fondo del mar? Vamos. ¡Hable enseguida!

—Fred Midges, en su calidad de jefe del equipo de repaso, se ocupaba esencialmente de vigilar el trabajo de sus subordinados y supervisar todas las tareas. Poseía las llaves de los armarios de herramientas, así como de los vestuarios generales. También tenía a su cargo la dirección técnica en lo tocante a ajustes mecánicos de los cohetes...

—Es bastante —cortó Davidson—. Seguramente, ayer se tomó muy en serio sus atribuciones y prefirió actuar en persona. No cabe duda de que la contaminación que le fue fatal se produjo al rascar la «hierba» para desprenderla de las alas. Bueno. ¿Qué hay de los otros?

—Charley Whas era técnico electricista. Todo hace suponer que revisó la instalación del cohete para asegurarse de que no había averías. Tuvo, naturalmente, que examinar las secciones huecas de las alas, donde se alojan los electrotiraflictores que accionan automáticamente los desprendimientos por etapas. Ya sabe usted que las etapas, o partes, se sueltan en pleno vuelo, al cesar la impulsión...

—No me explique todo el proceso de un lanzamiento por etapas, Sammy. Asistiré a sus clases cuando hayamos resuelto lo que ahora nos ocupa. También se contaminó por contacto. ¿Y Tim Danton?

—Está encuadrado como operario de la escala F. Trabajo manual,

accesorio y de poca responsabilidad. En White Sands acostumbraban a llamarles «los que aprietan las tuercas». Entre sus ocupaciones entraban el aseo del local… y traslado de desechos al centro de eliminación…

—¡Claro! Él se llevó «la hierba», ¿no?

—Temo que sí.

—Entonces… ¿dónde hay que ir a buscarla?

—En el vertedero general de residuos…

—¡Gracias!

—Un momento, señor.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Puedo reunirme con ustedes allí?

—¡Cáspita! ¿Y eso me lo pregunta? ¡Venga si quiere, diablos!

Colgó de golpe y el chasquido vibró en mi oído igual que una nuez cascada a martillazos. El misterio que envolvía la dichosa «hierba» del cielo» me empujaba a meter la nariz en cualquier cosa que oliese prometedoramente. Me despedí del jefe de oficinas y descendí el tramo de escaleras a saltos.

A lo lejos, saliendo del ahora acordonado hangar —en el que montaba guardia un pelotón de la MP— descubrí el grupito encabezado por Davidson camino del «gran pozo negro», como se llamaba familiarmente al vertedero general de desperdicios. Apreté el paso y alcancé a reunirme con ellos cerca de la valla de separación.

El vertedero ocupaba un hexágono gigantesco, cubierto por un techo que podía ser desplazado mediante ejes rotatorios, y desde cierta distancia ya se percibía el tufo a residuos descompuestos no obstante los purificadores de ventilación.

Allí, al «gran pozo negro», se arrojaba todo lo inútil de White Sands, desde simples limaduras a cascotes, pasando por materiales peligrosos y piezas quemadas por pruebas superiores a lo calculado. Era «la basura». Una inmensa ciénaga de inmundicias químicas, físicas, mecánicas, orgánicas y hasta indeterminadas.

El general había solicitado la comparecencia de todos los vigilantes afectos al sector. Sólo existían normalmente cuatro. Dos para el turno de día y otros dos para el nocturno.

Uno de ellos, John Parry, afirmó hallarse presente cuando Tim Danton vertió el contenido de su carretilla a motor en los tubos de descarga. Recordaba también que faltaban minutos para las siete de la tarde. Así quedó establecida la hora en que «la hierba» pasó al pozo de eliminación residual.

—Le agradezco la declaración, Parry —dijo el general—. ¿No observó nada anormal?

—Nada, señor. ¿Qué podía haber ocurrido?

—No sé. Usted ha visto arrojar más material de desecho en una

semana que yo en el resto de mi vida. ¿Cuál era el cargamento de Tim Danton?

—El de costumbre. El equipo de repaso siempre trae trastos inservibles.

—¿Qué clase de trastos?

—Pues... —Parry se rascó la coronilla—. Tubos de escape destrozados y retorcidos. Cables de instalación. Pilas agotadas. Depósitos perforados. Hierros oxidados. De todo... Hasta piezas de motor fundidas...

—Entendido —Davidson le palmeó un hombro—. Conforme. No hubo nada anormal.

—Nada —ratificó—. Bueno. Ahora que pienso... Pero eso no es extraño...

—¿El qué? Dígalo, Parry.

Una corriente de excitación nos sacudió a los presentes. Yo aparté al curioso Burgess para colocarme delante de él. Estaba viviendo unos momentos de inexplicable febrilidad. Me ganaba el interés. Peor: me envenenaba la sangre.

—Pues... —la coronilla del vigilante volvió a sentir el contacto de las uñas—. Fue el humo, ¿sabe? Salieron varias columnitas durante algún tiempo... Olía a azufre y pensé...

—¿Cómo no se le ocurrió avisar enseguida?

—Los restos de desperdicios despiden muchas veces calor e incluso llamas. Hay días, sobre todo si prueban o disparan cohetes, que entre el desecho existen fragmentos carbonizados y aun ardientes. Los gases de exhaustación que expelen las toberas abrasan hasta el suelo. Han traído pedazos de asfalto hechos jalea. Por eso no...

—Está bien. No se alarme. Gracias otra vez, Parry.

Davidson se volvió a miramos y por último, con brillo confidencial, clavó sus ojos en los míos Parecía estar diciéndome que el humo lo produjo «la hierba» en su labor corrosiva sobre los metales hacinados. Era absurdo, lo sé. Pero yo también pensaba igual.

—Buscaremos hasta dar con ella —masculló—. Es cuestión de tiempo. Traeremos excavadoras y vagonetas para cargar la basura. Llegaremos al fondo del vertedero. Vaciaremos el pozo. ¡Quiero echarle la vista encima a ese musgoso regalo del espacio!

—¿No es una locura? —inquirió, brusco, Pembridge.

—Puede. No niego ni afirmo nada. Pero hay tres tumbas en el cementerio y alguien tiene el deber de averiguar el origen de la muerte que obligó a abrirlas —se dirigió a mí—. El vigilante que estuvo de turno anoche se llama Stanley Krupper. Interróguelo usted, Sammy. Háblele del humo. Del olor a azufre. Que le explique «lo que vio» en su guardia. En el control de entrada le darán sus señas. Nosotros nos quedaremos aquí. Vamos a divertirnos un rato...

trabajando de mineros.

Hubiese preferido no perder detalle de las ideas que Davidson trataba de llevar a la práctica. Sin embargo, obedecí sin rechistar. Me agradaba el papel de «hombre de confianza»... aunque tal distinción llevase aparejada una deleznable jerarquía como recadero.

Stanley Krupper vivía en el otro extremo de la ciudad. Me instalé en el coche y tardé casi una hora en dar con su paradero. Allí me aguardaba una sorpresa mayúscula. Una de esas sorpresas capaces de anonadar a cualquiera...

Era una casa vieja, de habitaciones bordeando estrechos corredores, con galerías al descubierto. Una típica «colmena». El barrio tampoco resultaba respetable. Gentes sucias, muchos críos armando bulla por las calles y ropas tendidas al sol, colgando de largos tendedores sujetos de extremo a extremo.

Incluso se veían hombres y mujeres de color. Un par de tabernas. Billares y tres fonduchas donde alquilaban cuartos. Bastantes desocupados holgazaneando y atenuando el calor de Nuevo Méjico con las alas de los sombreros.

Cuando metí el coche en la calleja y me detuve delante de la «colmena», las curiosas e impertinentes miradas demostraron que era el centro de toda la atracción. Al poco de comenzar a subir la escalerilla, ya había una legión de harapientos chiquillos adorando el automóvil. Stanley Krupper vivía en el segundo piso, corredor B, departamento quince. Encontré la puerta de la habitación entornada y dentro, sofocado, hervía el murmullo de muchas voces.

Tuve un presentimiento macabro nada más empujarla. Y no me engañé.

El vigilante nocturno del vertedero estaba allí, frío y rígido... ¡tumbado en un desconchado lecho metálico, con las manos cruzadas encima del pecho! ¿Cómo iba a interrogar «a un cadáver»?

Varios rostros se volvieron a mirarme. Ojos lacrimosos, bocas crispadas y caras macilentas. Toda la iluminación corría a cargo del sol que filtraba la cortina de una ventana. Las conversaciones cesaron. Una anciana arrugada sollozaba con la cabeza caída entre las manos. Creo que yo tenía la obligación de decir algo... pero no conseguía articular palabra.

Un hombre canoso, abatido y flaco, se puso de pie y vino hasta mí. Las caras perdieron interés y se volvieron a mirar al cadáver. Se reanudaron los murmullos. Comprendí que rezaban a la vieja usanza española de los colonizadores de aquel estado.

—Me llamo Aldo Krupper, hermano de Stanley —se presentó—. Ha ocurrido una desgracia. Salgamos al corredor. Se está más fresco.

—¿Un... un accidente?

—No —dijo Aldo—. Ha muerto de repente. Se puso enfermo esta

madrugada, al regresar del trabajo. Ahora esperamos al médico para que certifique la defunción.

—¿De qué ha fallecido?

—No lo sabemos —miró a lo lejos, amargado—. Ni siquiera lo sabe el doctor Gómez. Ya le previne que el empleo no le convenía. ¡Ese lugar está endiablado! Experimentos y más experimentos cada día... Mi hermano trabajaba en el vertedero, donde tiran todo lo malo de los laboratorios... —dejó de mirar a la distancia y me contempló con pena—. ¿Quién es usted, señor? ¿Algún amigo?

—También pertenezco al lugar endiablado —contesté, recobrando la perdida serenidad—. Piloto astronaves con las que pretendemos alcanzar las estrellas, Krupper. Dígame: ¿Cómo se manifestó la enfermedad?

—Tenía escalofríos y le dolía terriblemente la cabeza. Luego, comenzó a gritar. Llamamos al doctor Gómez —Aldo Krupper se encogió de hombros—. Pero cuando empezó a hincharse y su piel se volvió azul, todo fue inútil. El entierro será esta tarde —me clavó los ojos con odio—. Ustedes y sus malditas fórmulas le han matado, porque Stanley nunca estuvo enfermo...

—Cálmese.

—Es fácil decirlo. ¿Sabe usted lo que será ahora de sus hijos? Cuatro huérfanos y una viuda. ¡Acaben de fabricar aviones raros y márchense pronto a las estrellas! Los adelantos modernos sólo sirven para destruir. Proyectiles dirigidos, bombas atómicas, satélites artificiales... Mi hermano ha perdido la vida. ¡Y ustedes le han matado!

—El Gobierno se ocupará de darle una pensión a la viuda...

Hizo una mueca de asco. Luego, sin añadir nada más, dio media vuelta y regresó al cuarto, dejándome plantado en el corredor.

Era un resentido. Ignoro por qué; pero Aldo Krupper odiaba el progreso y a los hombres de White Sands. Yo no simpatizaba con su actitud aunque comprendí que había algo de razón en sus doloridas frases. Por contra, tenía una misión que cumplir.

El general Davidson decidiría lo que convenía hacer cuando le pusiese al corriente de la tragedia. Descendí a la calle, la crucé y entré en los maltratados billares. Utilicé el teléfono para localizar a mi jefe y la espera me resultó eterna.

—Davidson al oído —advirtió su voz unos diez minutos después.

—Nelson, señor.

—¿Algo importante, Sammy? Dígalo sin rodeos.

—Muy bien. Sin rodeos... ¡Stanley Krupper será enterrado esta tarde!

—¡Dios Santo! —suspiró Davidson—. ¿Es eso cierto?

—He visto su cadáver. Se puso enfermo esta madrugada.

Hinchazón y piel azul. No pudieron atajar el mal. Espero sus instrucciones.

Hubo una pausa. El general debía hallarse petrificado de estupor. Carraspeó. Le oí musitar algo entre dientes.

—No se mueva de ahí —replicó—. Voy a avisar al cuerpo de Sanidad para que envíen algún agente. Al parecer, «la hierba» actúa con gran celeridad y al margen del contacto directo. Tendremos que ocuparnos de los familiares, no vayan a estar contaminados también. ¿Qué médico le ha asistido?

—Un tal Gómez. De descendencia hispana, creo.

—Me darán su dirección en el Colegio. Gracias por todo.

—¿Cómo van los progresos por ahí?

—He telefoneado a Santa Fe para que autoricen el empleo de las excavadoras del ejército. Me darán la respuesta cuando dictamine el Ministerio. Cuestión de horas. ¿Sabe que este asunto empieza a asustarme?

—Sí, general. «Estamos» asustados.

—Venga a verme más tarde. Quiero que me explique la actuación de los chicos de Sanidad. Hasta luego.

—Hasta luego.

Cortamos. Yo miré pensativamente mi rostro reflejado en el espejo de la estrecha cabina. La historia iba tomando volumen.

Me recordaba un puñado de nieve lanzado por una ladera, el cual, a fuerza de rodar, se transforma en potente bola y luego en imparable alud. Las sospechas empezaron porque Midges habló de «una hierba». Ahora, cuatro personas habían dejado de existir. ¿Quién sería la quinta víctima?

Pedí una «American» en el mostrador y saboreé la cerveza con la misma fruición que un resucitado… o un condenado a muerte. ¿Cómo pudo ocurrir lo de Stanley Krupper? Tal vez nunca aclarásemos aquel misterio.

Pero quedaba una cosa innegable: White Sands era zona de peligro desde que regresé con el «Gigante Gris». Mientras «la hierba» siguiese allí ninguno de nosotros podía considerarse a salvo.

Desde la puerta de los billares, fumando un pitillo, maté el tiempo de la espera hasta que llegó un automóvil claro con las insignias del Cuerpo de Sanidad esmaltadas a fuego en las portezuelas.

Se armó un cierto revuelo cuando los dos agentes uniformados saltaron al suelo. Los inspectores sanitarios miraron en torno. Yo les sonreí. Los chiquillos perdieron interés por mi coche y rodearon la ambulancia con alborozo de cosa nueva.

—¿Capitán Samuel Nelson?

—Sí —afirmé.

—Me llamo Stuart. Mi compañero es el inspector Kerr. ¿Dónde

está el cadáver?

—Les acompañaré. Debo advertirles que quizá exista posibilidad de contagio...

—Gracias —replicó Kerr—. El general Davidson ya lo hizo y venimos preparados. Saca el equipo, Stuart. ¿Le importa echarnos una mano, capitán?

Lo hice. Renuncio a describir el cuadro patético que presenciamos en el pobre hogar de Stanley Krupper. Los agentes incluso tuvieron que apelar a toda su autoridad y más de una vez, mientras transportaban la cubierta camilla escaleras abajo, temí que se produjese algo parecido a un linchamiento a la vieja costumbre del Sudoeste.

La calle rebosaba de gentes hoscas, que sólo esperaban una señal de Aldo Krupper para entrar en acción. Un coche de la policía acababa de detenerse en la cercana bocacalle (seguramente enviado por el Departamento a instancias de Davidson) y su presencia evitó un violento tumulto. Al fin abandonamos aquel barrio.

Una hora más tarde me encontraba frente a frente con mi jefe. A todas sus preguntas respondí con estas sofocadas palabras.

—Fue deprimente, señor... Y creo que no lo olvidaré nunca.

CAPÍTULO V

EL RESCATE

Vivo en un pisito amueblado, un lugar que considero confortable y acogedor. El alquiler incluye todos los servicios, excepto la comida.

Casi siempre, cuando abandono el departamento, las cosas andan algo revueltas. Pero al regresar, cada una ocupa su debido lugar. Al llegar, acababan de dar las nueve y media de la noche.

El general Davidson, muy atareado con las ansiadas excavadoras del ejército, seguía en el campo, dirigiendo los trabajos de extracción. Me autorizó a que abandonase el lugar y fuera a tomar un bocado.

—Volveré después —prometí antes de despedirme.

—Como prefiera —dijo él—. Su presencia no es necesaria por ahora, Sammy. Quizá convendría que descansase.

—Volveré —insistí—. Quiero saber en qué termina todo este lío.

—Bueno. Le reservaré una pala para extraer material de desecho.

Lo cierto es que me encontraba cansado. Supongo que mi fatiga era más moral que física. Al cruzar el vestíbulo de la casa de departamentos amueblados, el conserje me hizo una seña. Acudí al mostrador, donde me tendió una nota en la que había escrito un solo nombre: «JOANNA BURTON.»

—Ha llamado dos veces —explicó—. No pude facilitarle su paradero, capitán Nelson.

—Gracias, Max. Ahora me ocuparé de ello. ¿Alguna otra cosa?

—Nada, capitán. ¿Está de permiso?

—Algo así. Buenas noches, Max.

Subí al piso. En la nevera guardaba pan de molde, huevos, jamón, mantequilla y leche. Cenaría un poco antes de regresar al campo. Porque mi intención, desde luego, era regresar.

Anhelaba ver lo que las excavadoras sacaban del vertedero. La potencia corrosiva de «la hierba» (amén de la mortal) debía ser algo inconcebible. El vigilante John Parry vio salir humos. Ahora estaba seguro de que no escaparon de ella, sino de los metales «que fundía» en su descenso hacia el fondo del pozo.

Decidí calmar a Joanna respecto a mi estado y marqué su número en el disco telefónico. Ella misma acudió a descolgar. Vibraba la ansiedad en su voz.

—¡Sammy! ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente. No pases cuidado.

—Te he llamado dos veces y no pudieron darme razón de ti.

—Estuve ocupado. El general Davidson siempre anda buscándole

tres pies al gato y después de la última prueba hay que concretar un montón de datos. Lo de siempre, nena.

—¿Nos veremos esta noche?

—Mmmm… He de volver al campo. Temo que habrá trabajo para la mayor parte de la noche.

—¡Oh, Sammy! ¡Acabarás casándote con el general!

—Es posible que se le ocurra pedirme en matrimonio —bromeé—. Me metería en un compromiso. Ya conoces la profesión de tu novio. Esto no resulta nuevo para ti. Lo lamento, Joanna. Son gajes del oficio.

—¿Qué ocurre, Sammy?

Joanna me ha formulado infinidad de veces esta pregunta. De ordinario, suelo decir la verdad. Ello me alivia, y permite que ambos estudiemos el problema «tête a tête». Ahora, iba a resultarme imposible complacerla. El asunto era demasiado grave para confiárselo.

—Siempre ocurre lo mismo, nena —sonreí—. Una prueba, preparativos, el lanzamiento… Y después el estudio concienzudo de los resultados. No olvides que he permanecido en el Espacio. Se trata de una experiencia privilegiada. Todos quieren saber lo que se siente.

—Creo… creo que me ocultas algo.

—¿Por qué?

—No sé. Es una sensación indefinible. Si hablásemos cara a cara… te descubriría.

—Acepto el reto.

—¿Salimos esta noche? —preguntó ilusionada.

—Bueno… No es eso exactamente. Debo presentarme en el campo. Te veré —consulté el reloj—. Dentro de media hora. Pasaré por tu casa. Espérame en el jardín.

—Prepararé café…

—No. Déjalo. Será solo un momento. Compréndelo, Joanna. Si entro a saludar a tus padres, perderé demasiado tiempo.

Sabía que ello le producía disgusto; pero Joanna siempre ha aceptado mis imposiciones con sumisión. Nos amamos lo suficiente como para disculpar cualquier cosa. Resolvimos, pues, vernos en el jardín que rodea su casita de tipo colonial.

Cené brevemente huevos con jamón y un vaso de leche fría. Con el cigarrillo encendido todavía pendiente de los labios, me acomodé ante el volante del coche y arranqué a buena marcha. Joanna, fiel a lo prometido, me aguardaba en la cancela.

Las estrellas brillaban muy altas en el cielo y proporcionaban luz encantadora a sus ojos caramelo y a sus limpios cabellos pelirrojos. No sé quién dijo una vez que todas las pelirrojas son irascibles y descienden de irlandeses. Joanna tiene un genio pacífico y su familia es oriunda de Kansas. Me miró largamente, reteniendo mis manos

entre las suyas. Yo la contemplaba en silencio, admirado.

—¿En qué piensas, Sammy? —murmuró.

—La noche te favorece y resultas aún más bonita —aspiré el aire perfumado y puro—. Si no me hubiese declarado antes, creo que ahora me lanzaría a tu conquista.

—Conozco esa táctica. Acto seguido viene la despedida. Dime, Sammy: ¿Qué pasa en White Sands?

—Nada digno de mención.

—Mírame al hablar. Ya sabía yo que algo no funcionaba bien. ¿Qué es ello?

—Una cosa… que sólo existe en tu imaginación.

—No. Esta vez debe ser importante.

—¿Lo has oído por radio? —ironicé—. ¿O acaso en algún programa de televisión?

—Ahí está lo raro. Nadie ha dicho ni media palabra. ¿Por qué?

—¿Por qué habían de inventar noticias? —inquirí yo también.

—No se trata de inventar, querido. La gente murmura. Aquí, casi puede decirse que nos conocemos todos. Hay muchísimas personas empleadas en el campo experimental. Ellas han sido las primeras en propalar la tragedia de tres muertes inexplicables. Se habla, incluso, de una extraña enfermedad. ¿Te han ordenado guardar silencio?

Comprendí que no iba a ser fácil engañarla. Aunque lográsemos ocultarlo al resto de la nación y al mundo entero, los pobladores de White Sands, estrechamente vinculados al campo de experiencias, adivinarían la verdad.

—Algo no marcha bien… desde que he regresado de la alta atmósfera —susurré—. Pero son defectos de orden técnico. Está prohibido divulgarlos en bien de la seguridad nacional.

—¿Y por ello murieron tres hombres?

—En nuestro trabajo abundan los accidentes. Si recuerdas los que hubo tiempo atrás, tendrás que admitir que no son muchas tres víctimas. La gente es muy aficionada a fantasear, Joanna. Lo ocurrido es…

—Ya comprendo que «no puedes» decirme la verdad, Sammy —interrumpió ella—. Algo terrible se avecina o ha caído ya sobre White Sands.

—¿Es que no vas a creer lo que te digo?

—En realidad —contestó, mirándome cálidamente a los ojos— lo que pase o deje de pasar, poco me importa. Lo único interesante para mí es el grado de relación que existe entre tú y los posibles sucesos. ¿Por qué has de volver esta noche, Sammy?

—Porque así lo ha ordenado el general —repuse, seco.

—Bien. No quieres hablar de ello. Pero yo necesito saber una cosa por lo menos. Encierra peligro, ¿verdad?

No era una pregunta, sino una afirmación rotunda. La inquietud de sus pupilas, la ansiedad de sus labios y el acento medroso de la voz, sirvieron para ablandar mi actitud cerrada. Rodeé su cintura con los brazos y la atraje amorosamente. Temblaba. Los efluvios vegetales del jardín y el propio perfume de Joanna hicieron el resto, porque la besé en la boca.

—Lo sabrás todo a su debido tiempo —prometí cuando nos separamos—. Y no te aflijas por adelantado. ¿Conforme?

—En muchas ocasiones he sentido miedo, Sammy. Miedo por ti... Por nosotros... Esas pruebas, esos experimentos de vuelos espaciales, me aterran. Pero había una vocecilla interior en mi corazón que me ofrecía esperanzas. Hoy, esta noche, he sufrido por la incertidumbre y por un sentimiento extraño que no logro describir. Presiento que «ahora» corres un enorme riesgo, querido. ¡No vayas al campo!

—Joanna —sonreí, repitiendo el abrazo—. Estás llena de prevenciones ilógicas. ¿Cómo podría sacarte del error?

—Tal vez... si no hubieses venido.

—¿Es así como agradeces mi visita?

—¡Oh, Sammy! Lo adiviné al hablar por teléfono. Pero ahora... ¡ahora ya no tengo ninguna duda! No vayas, querido.

Nos miramos fijamente. En el cielo, las estrellas despedían guiños que reflejaban los cabellos de fuego de Joanna. Vi humedad temblando en sus lagrimales y ella bajó los párpados, para ocultar el silencioso llanto.

—Mañana hablaremos con calma —decidí, tratando de no prolongar una situación que se iba tornando embarazosa—. Es tarde, y el general estará preguntándose qué ha sido de mí. Procura no pensar cosas fuera de tono y... y descansa. El sueño te favorecerá.

—¿Es la despedida?

—Debo marcharme. Aleja los absurdos temores de tu cabecita. Te prometo que cuando deba saberse la verdad... tú serás la primera en conocerla. ¿Te he defraudado alguna vez?

Todavía bajo la influencia de esta separación no fui de muy buen talante al campo. Por mi gusto le habría revelado a Joanna la situación real que atravesábamos; pero existían varias razones que me impedían hablar.

En primer lugar, sólo habría conseguido aumentar sus temores. Aparte, no sabíamos mucho en concreto sobre «la hierba». Además, toda explicación la consideraba una traición incalificable. Opté, en consecuencia, por esperar un período prudencial de tiempo suficiente para despejar las tinieblas que nos envolvían.

Durante mi ausencia se habían adoptado serias medidas de seguridad en la Base Experimental. Pude comprobarlo enseguida.

En la verja de entrada, delante mismo de la caseta del control, dos

soldados de la MP montaban guardia. Iban armados con sub-fusiles automáticos. Hicieron gestos para que parase y frené el coche. Bajo la lechosa luz del control demandaron mis documentos de identidad.

—Lo siento, capitán Nelson —dijo uno de ellos—. Tenemos orden de impedir el paso a todas las personas que no vengan provistas de un pase especial.

—El general Davidson me está esperando —repuse—. Pónganse al habla con él. Lo encontrarán en el vertedero.

Mi explicación no les satisfizo demasiado, pero telefonearon a Davidson, quien, por fortuna, no se había olvidado de mí y autorizó la entrada. Estacioné el vehículo en el aparcadero y anduve hasta el «gran pozo negro» en medio de un silencio impresionante. ¡Cuán inmenso es White Sands en su soledad! Yo parecía una simple hormiga correteando por la vastedad de un llano desértico.

Sólo estaban encendidas las luces de reglamento de las dependencias anteriores. Edificios, torres, hangares y pistas permanecían velados por la encubridora oscuridad que apenas atenuaba la palidez de las estrellas.

Conforme fui avanzando observé los primeros síntomas ciertos de una reveladora y solapada actividad en la noche. Un resplandor luminoso destacó en la lejanía a poco de cruzar la línea de la zona de pruebas. El terreno que circundaba el vertedero general ardía como un ascua viva. Asimismo, el agobiante silencio dejó de pesar sobre mi ánimo y un concierto de ruidos delataron la naturaleza del trabajo que se realizaba en secreto.

El gemir de poleas, los crujidos mecánicos y el ludir estruendoso de piezas de arrastre sirvieron para guiarme al lugar, donde una potentísima instalación de focos despedía intensa luz bañándolo igual que a pleno sol. Un equipo de hombres laboraba sin descanso, estableciendo turnos incesantes. Dos excavadoras gigantescas extraían materiales del vertedero y lo depositaban en vagonetas-volquetes, que iban levantando una pirámide informe a 300 metros de distancia. El general Davidson se movía de un lugar para otro, soltando órdenes y gritos. En su cara se pintaba el cansancio; pero yo le conocía lo suficiente para saber que no se entregaría hasta localizar y rescatar los despojos de «la hierba del cielo».

Todo esto podrá parecer fantástico a cuantos no vivieron las horas febriles de aquella noche. Nosotros —un puñado anónimo de ciudadanos— nos hallábamos empeñados en una batalla sorda para evitar grandes males al resto del planeta.

Pesaba una sensación de agobio sobre los esforzados que vaciaban el herrumbroso contenido del vertedero. Hasta yo mismo sentía gravitar por encima una siniestra influencia que parecía proceder del «más allá». Nunca me he dejado ganar por supersticiones. Aquella

noche, sin embargo, creo que la mayoría de nosotros supimos lo que es enfrentarse a espíritus y fantasmas. O por lo menos, «creímos saberlo».

Davidson me saludó de un cabezazo. Sobre su espalda descansaba todo el peso de la operación de limpieza y búsqueda. Un grupo de ingenieros examinaba cuanto extraían las excavadoras antes de que pasase al tren de vagonetas. Observé que tanto ellos como el personal operario iban equipados con trajes aislantes, protectores, iguales a los usados en centros atómicos para evitar contaminaciones por radiación.

—No pase de esta raya —previno Davidson—. Los «Geiger» han señalado fuerte radiactividad. Hace un momento me avisaron que aumentaba la cuenta, por lo que sospecho que ya estamos cerca de «la hierba».

—Le felicito, general. Ha encontrado la buena pista.

—No me felicite todavía. Las cosas han empeorado mucho, Sammy. Temo que una vez tengamos «la hierba» es cuando empezará el verdadero problema para deshacerse de ella. Tengo línea directa con Washington. Allí están interesados en el asunto. Presumo que el regalo traído por el «Gigante Gris» va a resultar catastrófico. Debió quedarse en su casa, muchacho, porque hasta el aire que respiramos es mortal.

Lo miré de hito en hito. Davidson, sin dejar de vigilar el ruidoso trajín de las máquinas, prosiguió:

—Los familiares de Krupper, «todos ellos», presentan síntomas de la enfermedad. Aun no ha comenzado la hinchazón ni la pigmentación azul. De momento, han sido internados en una sala aparte del hospital militar y continúan en observación. Los médicos confían en detener el proceso destructor y lograr su curación. Esto sería un gran triunfo, Sammy, que nos permitiría contar con terapéuticas adecuadas para aplicar en otras complicaciones. Pero... ¿imagina usted la abrumadora labor que se nos echa encima? No se trata sólo de la familia Krupper. Stanley, al que tocaron la mayor parte de sus allegados, actuó de vehículo portador del contagio. Pero en el mismo caso se encuentran los de Midges, Whas y Danton. He pedido ayuda para que pongan en marcha una verdadera organización policial a fin de aislar a todas las personas más o menos relacionadas con los finados. Hermanos, esposas, hijos, amigos, parientes en general... Una redada colosal que conviene completar en el menor plazo de tiempo posible. Incluso nosotros pasaremos por la revisión cuando termine este trabajo... Procure evitar contactos, Sammy. Usted mismo, de hallarse contaminado, podría ser un portador de gérmenes.

—Comprendido, señor. ¿Alguna otra cosa?

—Nada que sea esperanzador. La autopsia de Krupper tampoco aporta nada de interés. Seguimos a oscuras respecto a este misterio

espacial. Yo confío que el rescate de «la hierba» nos dará ocasión de averiguar algo positivo. De no ser así…

Dejó de hablar. Yo esperé que completara la frase. Tardó varios segundos en hacerlo y al fin, susurrante, musitó:

—De no ser así… que Dios asista a la Humanidad entera.

—¿Qué le preocupa, general?

—Llegas demasiado tarde, Sammy. El mundo, desde que existe, se ha enfrentado con incontables plagas. Pestes, epidemias, sequías, diluvios atroces, guerras… Todo quedó atrás, en el olvido. El hombre siempre resultó vencedor. Pero este caso escapa de los límites que podríamos llamar terrenos. Es una amenaza que viene «del exterior» del planeta. Quizá hemos pretendido avasallar un terreno ajeno, y alguien infinitamente superior al género humano nos envía un terrible aviso en forma de hierba. ¿No será esto una prueba, Sammy? Le confieso que vivo bajo una aplastante sensación de inferioridad.

—Usted no puede dejarse abatir. Le conozco.

—Lucharé hasta el final, claro. Pero hay algo contra lo que no logro oponerme: la mente. Me obsesiona la idea de un desastre.

—¿Qué piensa hacer cuando aparezca «la hierba»?

—La someteremos a estudios de laboratorio. Han desalojado un ala de White Sands y tengo a un grupo de científicos aguardando el momento con sus retortas, tubos de ensayo y probetas dispuestas. Después, espero que alguien será capaz de dar con la feliz solución…

—¡General Davidson! —llamó una voz a gritos utilizando un megáfono de campaña—. ¡Creemos haber localizado lo que busca, señor!

Mi jefe abandonó de un salto la silla plegable en la que poco antes se había dejado caer. Una galvánica corriente nos electrizó a todos. ¡«La hierba», al fin! Vi un relumbre de triunfo en los ojos de Davidson.

—¡Paren las máquinas! —ordenó—. ¡Fuera los trabajadores! Atención el equipo de rescate. ¡Dispuestos para la extracción!

Las órdenes fueron prontamente obedecidas y las cuadrillas de operarios, tras detener excavadoras y volquetes, retrocedieron hasta el límite señalado como seguro.

Los hombres de la brigada de rescate entraron en juego. Sus trajes blancos, los grandes guantes y las cabezas protegidas por cascos dieron un clima expectante al momento. Mientras unos abandonaban el sector, los otros, en completo silencio, penetraban en él. La luz de los focos parecía abrasar, achicharrándonos vivos en medio de la impaciencia.

—Quédese aquí —dijo Davidson.

—Pero… —argüí.

—¡No me cree conflictos, Sammy!

Se alejó del puesto de mando a largos trancos. La brigada rodeaba

los bordes del vertedero, prestos a descolgarse por las escaleras forradas de amianto hasta el fondo del pozo. Se llevaron linternas.

Davidson agitó los brazos y una liviana grúa móvil, provista de palanquín, fue arrimada a la bocacha. Iba a dar comienzo la extracción.

Dos hombres descendieron los primeros, siendo tragados por el tremendo cráter. A continuación lo hicieron los demás. El brazo de la grúa fue colocado encima del pozo. Adiviné lo que Davidson se proponía. Los de la brigada localizarían «la hierba» y la colocarían en el palanquín de la máquina, que la elevaría hasta la superficie, donde pasaría a manos del personal de laboratorio.

Aunque a simple vista parezca fácil, la operación no estaba exenta de riesgo. El contenido del vertedero era peligroso y allí dentro la radiación debía alcanzar un buen índice potencial. Pese a los trajes, los hombres ignoraban con qué clase de eventualidad debían contender.

Creo que, en números redondos, el rescate duró cerca de una hora. La hora más larga y angustiosa que recuerdo. Cuando el palanquín afloró del pozo y bailó sobre la superficie, medio centenar de ojos siguieron su trayectoria atentamente.

Todos vimos una pequeña masa azulada destacando en la cuchara del palanquín. Un halo fosforescente, también azul, la rodeaba, nimbándola igual que un fuego fatuo indeterminado. De haber apagado súbitamente la iluminación, no me cabe duda de que el efecto fantasmagórico hubiese sido aún mayor. Todo ello, unido a la malignidad que costó la vida a cuatro personas, nos obligaba a mirarla con respetuoso temor.

El silencio imperante se hizo tan denso que hasta el sonido de las respiraciones se escuchó atronador. Nadie se atrevía a murmurar palabra. Nos hallábamos petrificados ante un hecho insólito y apabullante.

Algo inconcebible desde el punto de vista humano. ¿Cómo podía mantenerse «incólume» una frágil hierba sepultada bajo toneladas de material de desecho? ¿Cuál era su infinito poder destructor? ¿De qué extraña materia estaba compuesta?

—¡Despejen la zona! —ordenó Davidson cuando los individuos de la brigada empezaron a regresar a la superficie—. ¡Traigan la caja para transportarla al laboratorio! ¿Cómo van las mediciones, Pembridge?

El técnico —a quien yo no reconocí antes debido al desfigurante traje protector— anunció que persistía la radiactividad y fuga de iones en gran escala.

Un coche-oruga, cuyas cremalleras evitarían fuertes oscilaciones al adaptarse al suelo, destacó de la línea de seguridad conducido por

un hombre igualmente equipado. En la trasera se veía una sólida caja metálica con las paredes revestidas de plomo. Aquello iba a ser el ataúd de «la hierba».

Mientras Davidson impartía órdenes, el brazo de la grúa se trasladó sobre el vehículo y poco a poco, delicadamente, depositó el fatal obsequio espacial dentro del plúmbeo cajón. Un mecánico aseguró las llaves de refuerzo. A partir de entonces, y ya en el laboratorio, «la hierba» sería manejada por medios enteramente mecánicos, igual que los materiales de fisión en los hornos atómicos.

El coche-oruga se alejó «a ralenti» en dirección al ala de estudio de White Sands. Cinco minutos más tarde, rompiendo la agónica paz, Pembridge declaró:

—Decrece la radiactividad y la ionización. ¡Un buen tanto, general! ¡Ha rescatado al enemigo sin una víctima!

Apuesto a que más de uno respiró con alivio. Por lo menos, yo puedo dar fe de dos personas: El general Davidson… y el capitán Sammy Nelson.

CAPÍTULO VI

DESTINO: POLO NORTE

Hemos llegado a un punto en el cual no podré extenderme con prolijidad. Razones militares que no precisan explicación me lo impiden. Además, tampoco estoy al corriente de todos los pormenores exactos. Pero ofreceré un bosquejo lo más amplio posible.

Davidson pegó en el clavo cuando me hizo partícipe de sus temores. Ahora ya teníamos «la hierba del cielo» encerrada entre cuatro paredes de laboratorio. Las precauciones se extremaron, el secreto se tornó aún más impenetrable y la oscuridad —aunque parezca paradójico— continuó espesándose en torno al enemigo del Espacio.

La palabra FRACASO, con todas sus consecuencias y en mayúsculas, nunca estuvo tan bien empleada como en el caso presente. Los técnicos tardaron una semana en dictaminar y emitir un informe que podía encerrarse en tres líneas mecanográficas. Aunque ellos lo alargaron para dar importancia a su labor, la sustancia, el extracto, no alcanzaba ni a medio minuto de lectura.

Durante aquella semana ocurrieron dos sucesos trascendentes. El primero —de orden general— fue que los familiares de Stanley Krupper iniciaron una ligera mejoría, convenciendo a los médicos de que podían abrigar esperanzas ciertas sobre su curación. El segundo —de tipo exclusivamente particular— consistió en que Joanna recobró la cabeza, se mostró tan cariñosa como siempre y creyó la imaginaria historia que improvisé, según la cual había cesado todo motivo de alarma.

Los parientes y amigos de Fred Midges, Charley Whas y Tim Danton también pudieron ser localizados después de la fenomenal «redada» organizada por los detectives de Davidson. En algunos de ellos se descubrieron síntomas de contagio —muy leves, claro— y en otros el examen médico no reveló el menor vestigio.

Después de internar a los afectados y devolver la libertad a cuantos se hallaban a salvo de contaminación, el general tuvo la certeza de que su camino en pos del éxito adquiría un prometedor tono rosado.

Si no fallaban las suposiciones, las cuarenta y tantas personas encausadas más o menos directamente, componían la totalidad de habitantes de la Tierra que experimentaron los efectos letales de «la hierba». Así, pues, quedaba atajada la posible plaga epidémica.

El mundo nunca sabría lo cerca que estuvo de sufrir la incurable

enfermedad del espacio.

Por fortuna, no se producirían más «casos» clínicos, ya que el elemento destructor continuaba encerrado en su hermética caja de plomo.

De esto hablamos precisamente —ocho días después de la noche del rescate— al reunirnos en su despacho privado.

Yo había ido al campo a pasar mi revisión médica. Salí airoso de ella y nunca me ha producido tanta felicidad un resultado favorable, porque hasta temía rozar a Joanna con las puntas de los dedos.

—Lo cual significa que no se producirán más cadáveres hinchados y azules, Sammy —concluyó Davidson de buen humor—. Por esa parte, al menos, podemos cantar victoria.

—¿Sólo por esa parte, señor?

—Los análisis de laboratorio son una completa inutilidad —prosiguió, arrugando el ceño—. La Ciencia ha pinchado en hueso pretendiendo bucear en la naturaleza de «la hierba». Acaso debamos achacar nuestro fracaso a imperfecciones técnicas. Necesitaríamos disponer de elementos mil veces más avanzados que los actuales para emitir un juicio adecuado.

—¿Qué dicen los científicos?

—Muy poco. Han resultado tan parcos que en Washington están que echan pestes. ¿Le gustaría leer su informe?

—Pues... No sé si debo...

—Usted es persona de confianza plena, Sammy. Ahora bien, como de costumbre, le encarezco mucha discreción.

—Ya sabe que puede contar conmigo en ese terreno.

—Sí. Lo sé —abrió una carpeta oficial y me tendió un papel sellado—. Es copia exacta del mensaje enviado a Washington.

Lo tomé en mis manos y contuve la curiosidad que amenazaba con escapar por los poros de mi cuerpo. He aquí el texto:

«El análisis orgánico revela que no es vegetal, sino ANIMAL. Se trata de una concentración colonial de microorganismos imposibles de catalogar entre los conocidos. Repelen cualquier tipo de prueba física y química. No se produce la disociación o desintegración molecular ni siquiera por baño vitriólico. Materia esponjosa, imperecedera y dotada de insuperables propiedades debido al conglomerado de agentes atmosféricos que han contribuido a su auto-nacimiento o conglomeración de micropartículas. Seguimos estudiando y sometiendo a consulta científica con los especialistas mundiales en cuestiones espaciobiológicas.»

Aparté la vista del papel y miré a Davidson. El macizo militar esbozó una sonrisa cansada. Ante su mutismo, leí de nuevo el informe.

—¡Es «animal», no vegetal! —exclamé, al tiempo que le devolvía la copia.

—Sí. En eso están de acuerdo los técnicos y coinciden las opiniones consultadas. Incluso han observado un ligero desarrollo. Pequeñísimo, por supuesto. Aunque, de todas formas, en los informes se le sigue designando como «la hierba». Tal vez lo hagan en agradecimiento a Fred Midges.

—Pero… ¿qué ocurrirá si aumenta de volumen y excede a la capacidad de la caja? ¿Han pensado en ello? ¡Por Dios, general, sería terrible…!

—Tranquilice sus nervios, Sammy. Ya se ha estudiado el problema… y está resuelto. Washington dio la solución esta mañana temprano. Hemos llegado al fin del asunto y creo que pronto se le dará el carpetazo. No volveremos a oír hablar de «la hierba del cielo».

—¿Es posible?

—¡Ajá! —Davidson se encogió de hombros—. Los grandes cerebros del país opinan que no merece la pena molestar al presidente sometiendo a su consideración el misterio. Puesto que el caso no ofrece utilidad y el peligro ha sido atajado de raíz, viene ahora el momento de eliminar al enemigo. Su próximo destino es el Polo. Sepultaremos la caja y su contenido en una de las montañas del Ártico. Los hielos harán el resto.

—¿Cree que es la solución?

—No me gusta discutir las órdenes de Washington. Un avión se llevará «la hierba» al Ártico… ¡y asunto concluido! Los muertos serán considerados víctimas en accidente de trabajo, sus familiares recibirán una indemnización del gobierno, se correrá un tupido velo sobre White Sands, yo continuaré organizando lanzamientos… y usted, muchacho, pilotando cohetes —suspiró—. ¡Se acabó la pesadilla!

—¿Y si el Ártico falla?

Mi pregunta cayó como una bomba. Pero no una bomba corriente. De hidrógeno para arriba.

—Usted va más allá de los pronósticos, Sammy. ¿Por qué ha de fallar?

—No sé. ¡No lo sabré nunca! Pero yo he visto a esos hombres muertos y he sentido miedo de «la hierba». No creo que sea fácil eliminar lo que encierra tan inmenso poder destructor. En Washington no han vivido el pánico que nosotros sufrimos, general. ¿Qué saben ellos? ¿Cómo se atreven a…?

—Oiga, Sammy —Davidson cuadró las mandíbulas—. En Washington hay mil estrellas por cada una de las que yo luzco en la guerrera… y un millón más que las que usted lleva. Tenemos que acatar su decisión. O si lo prefiere en términos militares, se lo diré con una sola palabra: Obedecer.

—Sí, señor.

—Tómese unos días de licencia. Le avisaré cuando disponga de

trabajo. Adiós, Sammy.

Era la despedida. Me acompañó hasta la puerta del despacho. Al abrirla, vi al sargento femenino tecleando velozmente en la «Underwood». Sabía que sus oídos estaban atentos a la conversación. Sin embargo, arriesgándome a recibir una reprimenda, gruñí:

—Usted no está satisfecho con la decisión de Washington, ¿verdad?

—No —masculló—. No lo estoy. Pero… ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Destruirla, «no enterrarla». ¿Para qué almacenamos millares de bombas? Es el momento de gastar unas cuantas. ¡La Humanidad sólo quedará a salvo cuando no hayamos dejado ni rastro de ese agente maldito!

—¿Bombas? —Davidson sacudió la cabeza—. Ya lo apunté. He dado de cabeza contra un muro de oposiciones. Mantienen la teoría de que una explosión esparciría partículas dispersas a muchos kilómetros de distancia. Y cada partícula representa cientos de contagios.

—Si efectivamente se trata de un ente anímico, cada fragmento estaría «muerto». No creo en la contaminación…

—Adiós, Sammy. Washington paga y manda. Nosotros cobramos… y debemos obedecer. Hasta la vista.

—A sus órdenes, general Davidson.

Yo tenía la mosca detrás de la oreja, como vulgarmente se dice. La tuve, por cierto, durante bastante tiempo. Me zumbaba día y noche, y no existía forma humana de sacudirle el manotazo espantador.

Pero mi jefe había sido tajante, y Washington no tardó en redactar el oficio que ordenaba el traslado de «la hierba» al Ártico.

Junto con el oficio envió un Convair 880 de transporte y cuatro oficiales para que diesen escolta al ataúd hasta el corazón del Polo Norte. Sólo el piloto conocía el lugar exacto designado para dar sepultura al obsequio que trajo mi supercohete. Debería abrir un sobre lacrado cerca de la Base Wainwright, en Alaska.

No sé qué febril impulso me empujó a ofrecerme voluntario para ocupar la plaza de piloto auxiliar. Mi ofrecimiento fue rechazado de plano. A pesar de ello, no obstante mis esfuerzos, la tranquilidad huía de mi conciencia. Yo era «culpable» por haber traído el microorganismo esponjoso.

Un amanecer relampagueante y húmedo, presagiando tormenta, saludó el día señalado para el despegue. Yo supe la fecha de antemano por Davidson. Pese a lo temprano de la hora y desapacible del tiempo, acudí al campo enfundado en mi impermeable. Allí estaba también el general, con el capote abotonado hasta el cuello y la gorra calada.

Nos saludamos con la cabeza, aunque ninguno hizo intención de

aproximarse. Había un grupo compuesto por nueve personas situadas en derredor del rugiente Convair 880, soportando estoicamente las fuertes rachas del viento que empezaba a arreciar. Yo me encontraba fuera de la cerca divisoria. Ellos al otro lado, o sea, dentro de la alambrada.

Cuando el aparato rodó por la pista y despegó fácilmente, tuve la impresión de que algo íntimo viajaba en la cabina de mandos, acompañando al transporte en su ruta polar. Supongo que era mi imaginación.

A la salida del campo, fumando arrimado al muro, esperé a Davidson. Hubiese jurado que él adivinó mis pensamientos, porque vino hacia mí nada más despedirse del reducido cortejo inspector. El viento soplaba como mil diablos aunados. Ambos llevamos las manos a las viseras.

—Hola, Sammy. Madrugando, ¿eh?

—A sus órdenes, general. No tenía sueño.

—Ya se fue al Ártico —rezongó—. ¡Buen viaje!

Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer entonces, lo mismo que frías lágrimas de aquel cielo torturado por las cegadoras cicatrices de los relámpagos.

—Le invito a una copa, señor —dije—. ¿Acepta?

—Acepto.

Ni él ni yo estábamos satisfechos. Que me tilden de lo que quieran, pero los dos parecíamos presentir la tragedia que no tardaría en desencadenarse marcada por aislados sucesos.

Un avión se llevaba «la hierba» al Polo. ¡Qué contraste! En vez de alegría, Davidson y yo íbamos a ahogar las penas en la popular cantina de White Sands. Aquella cantina de donde Charley Whas salió en camilla para «no regresar jamás».

CAPÍTULO VII

LA VOZ DE LA PRENSA

Joanna y yo no disponemos de excesivas ocasiones para gozar largamente de nuestra mutua compañía. Mi trabajo es la causa principal del impedimento. Por ello —y esto viene ya de antiguo— cuando cuento con un período de licencia apuramos al máximo las posibilidades.

Transcurrieron ocho o nueve días de completa calma. La situación se iba normalizando y creo que esto contribuyó a calmar mis escrúpulos de conciencia. También debo decir que los «contaminados» iniciaban la franca convalecencia y algunos de ellos incluso fueron dados de baja en el hospital. Todo seguía un curso regular. Al parecer, el Convair depositó su carga en el helado cementerio y «la hierba» perdió la total efectividad.

Pero no. Lo anticipo, porque me produce cierto orgullo avisar de antemano que acerté en mis prevenciones.

Joanna y yo —como decía— disfrutábamos de una especie de alegres vacaciones. Salíamos con frecuencia, hicimos «camping» y hasta asistimos a un «picnic» estudiantil. Es cosa sabida entre nosotros que queda prohibida la sola mención de White Sands y mis ocupaciones. Así pues, casi había llegado a olvidarme de que existía un campo experimental, unos ingenios llamados cohetes y una región atmosférica plena de escollos denominada Espacio.

Por aquellas fechas —lo recuerdo muy bien— en White Sands comenzaba a darse cima a un proyecto ambicioso. Me refiero al lanzamiento del «Bandoler», el cohete que, según los ingenieros, lograría llevar un tripulante a la Luna para que clavase el asta de la enseña norteamericana en la cumbre de las mismas montañas Leibnitz, una de las cordilleras lunares más impresionantes.

Este suceso tuvo especial importancia, como más tarde explicaré. Afortunadamente para el mundo, el proyecto de llevar a bordo a un astronauta era ultra secreto... «y resultó un fracaso». Un fracaso realmente maravilloso. Y que nadie se asombre por la incongruente expresión.

Los periódicos, las agencias informativas, la radiodifusión y la TV se ocuparon largo tiempo del asunto del «fracaso», llamando ineptos a una serie de técnicos que, gracias a los cuales, pudieron seguir viviendo y dando rienda suelta a sus lenguas viperinas. Claro que —lo repito— nadie sabía que el «Bandoler» llevaría a un ser humano en su interior.

La opinión pública creía que se trataba de un intento teledirigido para alcanzar la Luna. Un ensayo. Algo así como la avanzada de lo que vendría después. La mala fortuna que perseguía los lanzamientos de Cabo Cañaveral forzaron al Mando para no divulgar la noticia.

Desde el primer satélite artificial soviético tripulado por la perra «Laika» y la réplica norteamericana ocupado por ratones, primero, y un chimpancé después, la gente sentía horror con sólo pensar que alguien vivo se atreviese a ser encerrado dentro de las «horribles máquinas».

Nosotros, los hombres de White Sands, llevábamos casi tres años acariciando la idea de desembarcar en el frío satélite terrestre. Hasta el momento, todos los ensayos habían sido realizados con plena fortuna, lo que inclinaba a abrigar los mejores auspicios.

El envío de ondas perfectamente reflejadas y captadas, por las estaciones especiales tras su choque con la Luna, así como el lanzamiento de cápsulas de avituallamiento que llegaron sin novedad al suelo selenita, obligaban a pensar en un proyecto más serio, más concienzudo y práctico. Durante catorce meses de callada labor se construyó el «Bandoler» y ahora se encontraba en condiciones de dar remate al ambicioso plan. El mundo ignoraba que dentro de su coraza alentaría un ser vivo. Ésta iba a ser la escandalosa sorpresa que sacudiría a Oriente y Occidente.

Antes de entrar en la fase del «Bandoler», deseo contarles el proceso de mis temores y zozobras. En realidad, todo empezó la tarde del «picnic» universitario, un brillante colofón al fin de curso de la Liebermann School, en que Joanna y yo gozamos como chiquillos.

Regresábamos ya a White Sands por la carretera federal, cuando nos salió al paso la estación de servicio arrimada al borde del camino. En el depósito de mi coche aún quedaban cinco litros de gasolina; pero jamás me ha gustado ir tan apurado de esencia.

Tomé la desviación y me detuve a repostar. Soy de los que creo que hubiese llegado a saberlo «todo» a pesar del tiempo. Ahora bien; es indudable que las noticias no me habrían hecho entrar en sospechas «tan pronto». A Joanna le corresponde este mérito.

En el surtidor había instalado también un pequeño parador donde se servían comidas frías… y un puesto de Prensa y revistas. Mientras la bomba trasladaba veinte litros de nafta al tanque, Joanna bajó para estirar las piernas. Se detuvo ante el puesto, compró un periódico vespertino de Alburquerque y regresó al asiento. Esto fue lo que ocurrió. Diez minutos después, reanudamos el camino de regreso a casa.

El coche corría a buena velocidad por el encintado. Yo llevaba ambas manos al volante y la vista fija en la carretera. El zumbido del motor marcaba todo el sonido, a excepción de los crujidos del papel al

pasar o doblar las hojas del periódico.

De pronto, sin causa aparente, Joanna suspiró y dijo con pena:

—Otro accidente de aviación. Han perecido sus cuarenta tripulantes. Esta vez ha sido en Teshekpuk, cuando el aparato de línea sobrevolaba el lago helado —volvió a suspirar—. Siempre hay alguna catástrofe de este tipo, ¿verdad, Sammy? La muerte no será jamás vencida por el progreso...

—Sí —afirmé sin darle importancia a un hecho que la frecuencia hace vulgar en nuestros días—. Cuarenta personas... Una gran tragedia...

—Horrible —agregó ella—. Los cadáveres estaban carbonizados. La Compañía investiga las causas del accidente, porque al parecer resultan misteriosas. ¿Qué habrá podido ocurrir?

—Hummm... No sé. Cualquier fallo del motor, una racha de viento... ¿Dónde dices que se produjo?

—En Teshekpuk.

—¿Y dónde está eso?

—Alaska. El periódico dice que más arriba del Círculo Polar Ártico.

—Aquellas zonas son peligrosas por los rigores climatológicos. Tal vez un peso excesivo de hielo en las alas o una deficiencia del... —crispé los puños en torno al volante—. ¡En el Ártico! ¿Has dicho eso, Joanna?

Ella me miró sin comprender, extrañada por la súbita reacción.

—Sí. En Alaska. ¿Por qué? ¿Viajaba algún conocido tuyo...?

—No, no —atajé—. Ha sido una pregunta... al azar.

—¿Qué te pasa, Sammy?

—¿A mí? ¡Oh, no me hagas caso! La palabra Ártico ha traído a mi memoria un suceso casi... olvidado.

Sus acaramelados ojos escudriñaron mi semblante. Una idea fija, fascinante, se incrustó en mi cerebro. ¡Tuve miedo! Positivamente, sabía que mi actitud era absurda. Traté de dominarme para no excitar la súper sensibilidad de Joanna. Desvié el tema y hablé unas cuantas futilidades. Supongo que ella se olvidó del asunto enseguida. Yo no puedo, honestamente, declarar lo mismo.

Por la noche, solo en mi departamento, desplegué el periódico que Joanna dejó olvidado en el coche y leí el artículo de cabo a rabo. La información era bastante amplia.

Se ignoraban las causas del accidente, por supuesto, y ello añadía positiva oscuridad a la tragedia con sobrado motivo, ya que el tetramotor de línea fue sometido a repaso en su última escala efectuada en Kivalina, sobre la punta occidental alaskana del estrecho de Bering.

Armado de unas tijeras, recorté el artículo y lo guardé en el cajón

de mi «secrétaire». Recuerdo muy bien que aquella noche padecí una pesadilla atroz, en la que todas las emociones vividas por causa de «la hierba» se amalgamaron de forma que hicieron imposible mi descanso. El sentido común, empero, me forzaba a estudiar los hechos fríamente, bajo el prisma de la lógica.

A nadie hice partícipe de mis sospechas. Pero desde el próximo día —hecho desusado en mí— destiné una cantidad extra para adquisición de Prensa.

Así transcurrieron dos semanas. Cada vez que una noticia alarmante —siempre localizada en las zonas árticas, claro— saltaba a la vista, la recortaba cuidadosamente y la agregaba a las otras guardadas en el cajón, de suerte que llegué a reunir una colección tan abrumadora como elocuente. Nada sabía de esto Joanna y mi mayor preocupación consistía en no darlo a entender por ningún sentido. Sin embargo, en mi mente se iba encajando el rompecabezas y estudié un posible plan de acción. Hasta que una mañana enarbolando los valiosos recortes, dediqué varias horas al detenido análisis de la situación.

Con ayuda de un detallado mapa de las regiones nórdicas, compás, regla de cálculo y los recortes, repasé las fechas, lugares y naturaleza de los accidentes… trazando un trágico triángulo cuyo vértice claro apuntaba a la Base de Wainwright.

Tras la catástrofe de Teshekpuk, un submarino de la Royal Canada Navy había encallado en Harrison Bay. Al parecer, se produjo una avería en el sistema eléctrico, lo que originó un voraz incendio. Aprisionado entre hielos, imposibilitado de usar la emisora debido a la falta de energía, doce de sus treinta ocupantes perecieron irremisiblemente antes de que lograsen abandonar la nave siniestrada. Los especialistas de la Armada dictaminaron —tres días más tarde— que el incendio fue causado por un cortocircuito. ¿Qué pudo motivar el fatal cortocircuito? Creo que «sólo yo» tenía la respuesta exacta.

Al borde de la raya de permanencia de hielos constantes[3] que se inicia por debajo del Mar de Beaufort, ya en el Océano Ártico, un ballenero de buen tonelaje se fue a pique al estallar sus calderas. ¿Por qué estallaron las calderas?

«Misterio».

Otro accidente de aviación cobró actualidad. Esta vez las consecuencias fueron menos funestas, pero igualmente enigmáticas. Se trataba del correo aéreo que enlaza la Península de Seward, al noroeste de Alaska, con los territorios del alto Colville. El avión se estrelló pasado Selawik, en una hondonada de la Cuenca del Kobuk River. Al ser interrogado el piloto, milagrosamente ileso, declaró que «una extraña fuerza de atracción parecía tirar de los mandos hacia el norte». ¿De dónde salía aquella fuerza? Yo pensé al instante en la Base

de Wainwright.

En el poblado de Barrow, junto a la punta ártica del mismo nombre y a menos de 100 millas de la Base, la compañía de alumbrado dejó de suministrar fluido por espacio de cuarenta y seis horas. Hecho insólito, puesto que los generadores no parecían afectados... ¡«por nada»! Pero... ¿era realmente «nada» lo que afectó el trabajo motriz de los generadores? Lo averiguarían algún día; mas entonces «sería tarde».

Después leí una noticia que resultaba casi espeluznante. Algunos navegantes de las Islas Flaxman hallaron «suma dificultad» en localizar el Norte Magnético, que, como es sabido, no tiene nada que ver con el norte típicamente geográfico. Las brújulas oscilaban igual que si se hubiesen «vuelto locas». El hecho fue corroborado por el observatorio climatológico de Icy Cape y bastantes pilotos de las líneas de servicio regular.

Bueno... Así, hasta catorce sucesos extraños de los que se hizo eco la Prensa del país.

Catorce anormalidades en dos semanas, y todas ellas ocurridas en zonas árticas precisamente próximas a Wainwright. La idea de que el ataúd de plomo no fue enterrado en el Polo, sino en Alaska septentrional, prendió en mí.

No pudiendo contener la excitación, redacté un amplio informe y adjunté a él la prueba periodística que daba fe de mis sospechas. Luego, sin encomendarme a Dios ni al diablo, salí disparado hacia White Sanas y pedí permiso para hablar con el general Davidson.

Mi jefe es hombre condescendiente, aunque temo que le pillé en un momento algo inoportuno. Ello hizo escabrosa la entrevista desde el primer instante. Me recibió con frialdad, demandando el origen de la visita sin ceremonias. En el mismo tono, o quizá más altivo, desarrollé mis teorías y extendí en su mesa los recortes de periódico.

Al principio, se mostró escéptico. Después, ganado por mi pasión, comenzó a dar largos paseos, a murmurar entre dientes y a releer, furioso, los artículos más insignificativos. Descargó un violento puñetazo y ahogó una maldición.

—¡No! —gritó—. ¡Y mil veces no, Sammy!

—¿Por qué no, señor? ¡Todo coincide! Wainwright es el «foco» desde donde surge la acción nefasta.

—¡Imposible!

—¿Cree usted que lo periódicos han publicado estas informaciones sólo por llenar espacio? ¡Hay tema de sobra en el mundo! Fíjese bien, señor. Citan fechas, nombres de personas, lugares... ¡No hay invención! ¿Quiere que recurramos primero a los archivos navales y civiles? ¡Pues recurramos! Dé orden de que investiguen en los sitios del suceso. ¡Tiene la obligación de poner a

Washington en antecedentes!

—¡No me grite, capitán!

—¡A sus órdenes, señor!

—¿Es que no puede hablar más bajo?

—¿Cómo voy a hacerlo si usted está vociferando igual que un energúmeno?

—Samuel Nelson... ¡le voy a llevar ante un tribunal militar!

—Sí, señor. Llévеme. ¡Allí podrá escucharme «alguien»!

Nos miramos fijamente, hoscos. Ambos guardábamos silencio. Davidson mantenía duro ese frunce característico de sus cejas. Pese a la ausencia de sonidos, yo creía estar escuchando el fragor de truenos y viendo espantosos relámpagos. Al fin, soltando un resoplido, barbotó:

—¡Sargento Martin!

La puerta del despacho se abrió con rudeza y la uniformada secretaria entró de un salto en la estancia.

—Diga, general.

—Pida línea directa con Washington, Departamento de Guerra. Tengo que...

—Un momento, señor —interrumpí—. Por teléfono no conseguirá nada práctico. Lo mejor...

—¡Sammy! ¿Cómo se atreve a dictarme lo que debo hacer?

—Perdone, señor. Una vez me dijo usted que éramos amigos. Bien. Deme una prueba de su amistad... y después póngame ante el piquete de ejecución. Moriré a gusto. ¡Pero no hable con Washington por teléfono! Los buenos negocios se cierran hablando cara a cara.

—Oiga, capitán. Le voy a... a...

Davidson estaba tan rojo como un tomate y sus ojos amenazaban con salírsele de las órbitas. La sargento Martin tragó saliva. Imagino que nunca he permanecido más cerca de recibir un puntapié en las posaderas y perder mis estrellas aéreas.

—La voz de los periódicos se le ha subido a la cabezota, Sammy —gruñó por último, sofocando la cólera—. Y eso es pasarse de la raya. ¡No abuse de mi paciencia!

—No es la voz de los periódicos, señor, sino la voz «de la conciencia». Usted y yo sabemos lo que esa «hierba» puede representar para la Humanidad. Lo sabemos perfectamente. Fue un error enviar la caja al Ártico. Allí causará disturbios hasta que rebase la contención y acabe con el equilibrio del mundo entero. Entonces, ya no habrá remedio. Debemos buscar «antes» la solución. Siempre hemos trabajado unidos, general. Pero si usted renuncia a ir a Washington, yo mismo asumiré la tarea de hablar con el propio Presidente. ¡Y alguien bailará ante un consejo de guerra, «pero no seré yo»! Ahora, haga de mí lo que quiera. Estoy en sus manos. Me conoce lo bastante

para afirmar que no retrocederé ni media pulgada. ¡Ni media!

Davidson mantenía una sorda lucha interior. Sentía hacia mí admiración y odio al mismo tiempo. Le vi palidecer y mirar a la mujer con dura agresividad, igual que conminándola a no revelar jamás lo que en el despacho estaba ocurriendo.

—Llame a mi casa, Martin, y… y diga que preparen una maleta con lo necesario.

—Sí, señor.

—¡Me voy a Washington!

Él y yo nos miramos. Martin salió y cerró la puerta. Seguíamos hoscos, enojados y llenos de mutua irritación. Davidson se dejó caer en el sillón, posó las grandes manos sobre el tapete de recortes y estalló:

—¡Cabezota!

—Gracias, general —sonreí—. Ya veo que es usted… todo un amigo.

CAPÍTULO VIII

BÚSQUEDA

Cincuenta y tres horas justas transcurrieron desde la partida de Davidson hasta su regreso a White Sands.

Yo conté la ausencia minuto a minuto. Lo peor no era la espera —con ser bastante doloroso de por sí— sino el doble papel que me veía obligado a interpretar para que Joanna no desenmascarase mis sentimientos.

Cuando el avión oficial que traía a mi jefe posó el tren de aterrizaje en el campo y él, llevando al brazo su comando verde lleno de arrugas, se sillueteó en lo alto de la escalera de descenso, lo primero que vieron sus ojos fueron los míos. Había acudido a recibirle con tanta antelación que el tiempo me dejó aplastado.

—A la orden, señor —dije, ocupándome de su maleta.

—No me diga que está impaciente, Sammy. Hasta un ciego lo advertiría.

—¿Bueno el viaje?

—Le calmaré enseguida. Tiempo excelente, visibilidad clara, cielo despejado... —sonrió—. ¡Traigo un permiso para trasladarnos a la Base Wainwright hoy mismo!

—¡Enhorabuena! Por favor... ¿ha dicho «trasladarnos»?

—Sí. ¿No le gusta la idea?

—¡Me entusiasma!

—Mejor. Pero no vaya a creer que fue fácil. Tuve que sostener una filípica con todos los jefes del Departamento de Guerra y el de Defensa. Al final, terminé entrando a paso de carga en el Capitolio y por la tarde, esgrimiendo un pase del Secretario de Estado que me otorgaba absoluta prioridad, hablé con el Presidente en White House. ¡Qué grande es el viejo! Lo comprendió todo y se mostró decidido a apoyar el proyecto.

—¿Entonces...?

—Ya lo ha oído. Saldremos para Wainwright esta tarde. Dispone de cinco horas para resolver sus asuntos pendientes, Sammy. Ocúpese usted de seleccionar los equipos de abrigo y yo me encargaré del transporte. ¿Conforme?

—¡Siempre a sus órdenes, general!

—¿Siempre? —me miró con ironía—. Su memoria empieza a resentirse, muchacho. Creo que ni mi hijo Billy me causa tantos quebraderos de cabeza como usted.

Habíamos llegado frente al coche que esperaba a Davidson. Su

ordenanza se hizo cargo del equipaje y mantuvo abierta la portezuela.

—Sé a lo que se refiere, señor —murmuré, arrepentido—. El otro día no me porté bien, lo reconozco. Pero… Bueno. Le suplico que perdone mis arranques y…

—Lo he olvidado todo, Sammy. Creo que yo también soy un poco… cabezota. Ande, no ponga esa cara de atún. Recuerde que sólo tenemos cinco horas.

Éste era el general George K. Davidson, un hombre enérgico y duro, de la vieja escuela, pero con el corazón tan grande como el Estado de Texas.

Ni que decir tiene que me puse en acción nada más gruñir el arranque del «Mercury». Fui a Mayoría y me proveí del correspondiente vale para el almacén de vestuario. Personalmente elegí los equipos de abrigo, mantas eléctricas, algunas raciones enlatadas, café, tabaco, etcétera. Luego, lo dejé todo debidamente enfajado y listo para el embarque.

También llamé por teléfono a Joanna. No describo la entrevista, pero diré que ella lloró. Entonces debía aborrecer al general Davidson casi con la misma intensidad que yo le admiraba.

A las 2:30 en punto de la tarde el reluciente DC-3 en cuyos costados podía leerse MATS[4] nos aguardaba rumbeado en la pista, lista ya la posición de despegue, y con los motores runflando para «calentar la sangre», como decimos nosotros. Una grúa depositó un pesado envoltorio dentro del transporte, cuya naturaleza desconocía. El general no se hizo esperar. A las 2:40 el aparato echó a correr por la recta faja y las instalaciones de White Sands quedaron atrás.

Un minuto después el campo era sólo un juguete minúsculo a nuestros pies. Luego, el desierto grandioso y rojizo de Nuevo Méjico, alfombró el paisaje antes de que las capas de nubes lo borrasen de la vista. ¡Rumbo al Ártico!

—Operación «Rescate» a Base… Operación «Rescate» a Base… Cambio.

—Halo, «Rescate». Aquí Base. ¿Cómo vuela su pato? Cambio.

—OK, Base. Seguiremos en contacto cada quince minutos. Tomo el rumbo 12-B. Rectifíquenme si abandono la posición. Conecten con los puestos de la ruta Colorado-Utah-Idaho-Oregon-Washington, para que nos faciliten el boletín meteorológico de cada Estado. A partir de Vancouver, estableceremos contacto con los equipos de la RCAF[5]. Eso es todo por ahora. Cambio.

—Anotamos. Hasta dentro de quince minutos. Corto, «Rescate».

Desde nuestro sitio podíamos escuchar los mensajes radiados que el personal de la cabina enviaba a los controles de vuelo. La majestuosidad del cielo rodeaba el pausado avance del DC-3. Davidson estiró las piernas y bostezó. Tenía los párpados enrojecidos y a no

dudar estaba cayéndose de sueño.

—¿Un poco de café? —ofrecí.

—Buena idea.

Alargué la mano y alcancé un termos y dos vasos de plástico. El general sonrió mientras llenaba el suyo.

—Esto me recuerda una escena similar —comentó.

—Cierto. El día del lanzamiento del «Gigante Gris». Entonces fue usted quien me invitó, señor. Parece que haya transcurrido un siglo desde aquella fecha, ¿verdad?

—Sí —bebió un lento sorbo—. Hemos luchado lo nuestro, muchacho. Espero que los esfuerzos no queden sin recompensa.

—¿Han advertido a la guarnición de Wainwright nuestra llegada?

—Deje de preocuparse. Allí tienen instrucciones y nos acogerán cálidamente. No nos vendrá mal un poco de calor en medio de tanto hielo. De pensarlo, ya se me enfrían los pies. Supongo que no volveré a tenerlos tibios hasta que regresemos a White Sands.

—¿Cuál es exactamente nuestra misión, general?

—Buscar «la hierba» y desenterrar la caja. Los de Wainwright no nos van a bendecir precisamente, porque les daremos guerra. Eso les vendrá bien para romper la monotonía de una base ártica. ¿Se fijó en el gran bulto que trajo un coche-grúa hasta la panza del Douglas?

Asentí. Hasta entonces no tuve ocasión de preguntar en qué consistía.

—Es otra caja forrada de plomo, igual a la que encierra «la hierba», pero de dimensiones dobles. Por los cálculos realizados, creemos probable que la masa de microorganismos espaciales haya seguido el pequeño desarrollo inicial y en Washington no quieren arriesgarse a que rebase del ataúd y se derrame en pleno vuelo de regreso, con lo que nos iríamos todos al infierno. Una vez cumplido el rescate, meteremos la primera caja dentro de la segunda y volveremos a White Sands en espera de instrucciones.

—¿Es que no han decidido «todavía» lo que debe hacerse con «la hierba»?

—Una comisión especial estudia el caso.

—¡Hay que destruirla, señor!

—A eso van. Pero el dilema no es el acto en sí. Es el medio a emplear. Ellos lo buscarán. Sopesarán todos los beneficios e inconvenientes de la operación.

—Oiga, general. Yo tengo una idea…

—¡Oh, no, Sammy! Basta de ideas por ahora. Realicemos la primera parte del plan y después… ya hablaremos. Sus ideas me dan más vértigo que asomarme a un abismo.

—Pero… Le aseguro que es un proyecto inteligente…

—¿De veras? —acabó el café y me tendió el vaso vacío—. Voy a

descabezar un sueñecito, ¿le importa? Estoy molido y odio en el alma los viajes por el aire. Despiérteme si hay alguna novedad.

Aún tengo mucho que decir y no me gustaría dejar cosas esenciales en el tintero. Por ello, no me detendré en la reseña del viaje. Todos pueden imaginar lo que es un vuelo desde Nuevo Méjico a los confines terráqueos de Alaska. Monotonía, horas y horas aturdido por el bramido de los motores, tedio.

Cuando sobrevolábamos el dominio canadiense, le formulé a Davidson una pregunta que rondaba en mi cerebro. El general se estaba rasurando con una maquinilla de afeitar eléctrica enchufada a una batería portátil.

—¿Fue en Wainwright donde sepultaron «la hierba», señor?

—No —dijo alzando la voz—. Usted recordará que el piloto del Convair 880 tenía orden de abrir el sobre lacrado al llegar a la Base. El sitio exacto es cien millas mar adentro de Pearl Bay, bajo los gigantescos bloques de hielo que llegan a formar una capa o costra tan dura como el hierro. Allí debe encontrarse todavía… a menos que las corrientes submarinas la hayan cambiado de lugar, cosa improbable dado el peso del recipiente. No crea que pudieron facilitarme esta información de buenas a primeras. El piloto se hallaba de vuelo rumbo a San Diego, en la costa del Pacífico, y el Departamento, instado por el Presidente, tuvo que papelear en el archivo. ¡Es desesperante las complicaciones que pueden surgir cuando uno tiene prisa!

—Desde luego, señor. Toda esta situación tiene mucho de desesperante. Por ejemplo: ¿Cómo no se les ha ocurrido hallar el medio de aniquilar «la hierba»? Ahora nos vamos a encontrar con que la tenemos en nuestro poder. La influencia cesará en el triángulo trágico de Alaska y, en cambio, aparecerá en White Sands. Si pusiésemos en práctica mi plan…

—Sammy… ¿Cómo he de decirle que no me interesa escucharle? En Washington buscarán el plan idóneo.

—Con todos los respetos, señor, usted ya sabe lo que opino de los cerebros de Washington…

—¡No empecemos!

—Temo que la solución no se encuentre aquí, en la Tierra.

—¿No? ¿Dónde entonces?

—¡En el Espacio! —repuse—. ¡En el sitio de donde la trajimos!

—Oiga bien esto —Davidson desenchufó la maquinilla de un tirón —. Si no quiere que le arroje por la borda como lastre inútil… ¡cállese! Vino a turbar mi tranquilidad con las páginas de sucesos de todos los diarios de la nación. Me obligó a ir a Washington, donde tuve que pelear desde con el último ujier al primer hombre representativo del país. ¿Qué desea? ¿Acaso enterrar la caja en el planeta Marte?

—¿Permite que se lo diga?

—¡No, gracias!

Ahí terminó la discusión. Pero yo seguía aferrado a mi teoría —que juzgaba la única salvadora— y no entraba en mis cálculos cejar en el empeño.

Al fin, deseándolo ardientemente de veras, tomamos tierra en el resbaladizo campo de Wainwright. Aún no habían dejado de girar las hélices y ya teníamos ante nosotros al comité receptor formado por los jefes y oficiales de la Base embutidos, en gruesos trajes. Descendimos del DC-3 y el grupo nos saludó rígidamente.

—Descansen —autorizó Davidson.

—A sus órdenes y bienvenido, mi general —dijo uno de los presentes avanzando al encuentro—. Soy el comandante Matthew Sherman, jefe de la Base.

—Celebro conocerle. Mi acompañante es el capitán Nelson.

—Les llevaré a sus alojamientos.

—¿Han preparado lo necesario para iniciar la exploración?

—Sí, señor. Estamos dispuestos para empezarla cuando usted ordene.

—Muy bien. Saldremos dentro de una hora.

Davidson no quería perder tiempo, y yo celebré su buen sentido. En Wainwright la temperatura era algo espantoso. Soplaba un viento gélido, procedente del helado mar, capaz de solidificar un vaso de «whisky». Nieve y hielo nos rodeaba por doquier. Sólo en los barracones, donde funcionaba un eficaz sistema de calefacción, lográbamos sentirnos cómodos.

El plazo de una hora señalado por Davidson permitió que tomásemos comida caliente, desentumeciéramos los músculos tras la molestia del largo viaje aéreo y fumásemos unos cigarrillos mientras se ultimaban los detalles finales de la expedición. No había mucho que hablar realmente. Washington pasó órdenes concisas y el general explicó de qué se trataba en dos brochazos.

El esbelto Fairey Rotedyne —un potente bimotor dotado con rotor de helicóptero en la torre superior— bramaba irritadamente en el campo, con la proa enfilada al viento. A él transportamos el equipo necesario, incluidos los trajes para buceo subpolar, y nos acomodamos holgadamente en su interior. Despegó con facilidad del campo de Wainwright y no tardamos en pasar la gran herradura de Pearl Bay, siguiendo el vuelo sobre el Océano Ártico.

El lugar especificado aparecía invadido por grandes moles blancas de hielo —los ciclópeos «iceberg»—, pero el descenso se efectuó con asombrosa sencillez gracias a las aspas del rotor que transformaron el bimotor en un helicóptero de dimensiones mayores.

No voy a extenderme apenas en la descripción del rescate, porque deseo llevarles cuanto antes al final de esta pesadillesca aventura. En

aquel lugar barrido por el viento y congelado totalmente, permanecimos dos interminables días.

Utilizando aparatos detectores no tuvimos dificultad en localizar el emplazamiento exacto de la caja, ya que la radiación era tan notable que con un simple «geiger» de aficionado habríamos descubierto su gélida fosa. Había algo característico también. La zona subacuática ocupada por la caja se encontraba «libre de hielos flotantes», marcando un ancho y terrorífico círculo delator.

Un par de buzos especializados se sumergieron en el océano y exploraron las simas entre las inmensas paredes de hielo que danzaban suavemente. Atendiendo a sus señales, largamos los cables de acero y la caja quedó sólidamente amarrada. Un cabestrante de polea, firmemente apuntalado, nos sirvió para izar a la superficie la plúmbea caja.

Desde luego, se hallaba enmohecida y herrumbrosa, con huellas de derrames corrosivos a los lados. De fijo que no hubiese podido soportar el maléfico contenido por mucho tiempo. Sin tocarla ni una sola vez con las manos, conscientes del peligro que irradiaba y del que sólo nos librábamos merced a los atuendos protectores, la colocamos dentro del otro recipiente y fueron cerrados los seguros hasta dejar «la hierba» en el más completo hermetismo.

La Operación «Rescate», prácticamente, estaba terminada. Pero ahora quedaba en pie la Operación «Eliminación…» y para ella dependíamos de Washington.

Despegamos verticalmente y a los 500 metros se estabilizó el vuelo horizontal. Curiosos fenómenos afectaron al Fairey Rotedyne nada más ocupar su almacén el enemigo del espacio. El piloto tuvo que poner en juego toda su pericia para completar el vuelo hasta la Base, ya que los mandos parecían como agarrotados y los instrumentos de a bordo oscilaban caprichosamente y con desatino.

Pasamos otro día más en Wainwright, al término del cual, devueltos de nuevo al familiar DC-3, iniciamos el regreso a Estados Unidos. Mi plan —aquel plan que bullía incesante atormentándome el cerebro— había adquirido tanta fuerza que me autoconvencí de que lo realizaría por mí solo si Washington o el general Davidson se negaban a secundar la idea.

Durante el vuelo de regreso pasé largas horas escribiendo en un cuaderno que me facilitó el piloto. Para todos era una carta que dirigía a mi adorada Joanna. Comprendieron que debía darle algunas explicaciones. Pero yo sé muy bien —y Joanna lo adivinaría también — que se trataba de «mi testamento». Algún día será destruido… o lo leerá la Humanidad. ¡Qué importa! Creo que la idea de morir no llegó a asustarme ni un solo instante.

CAPÍTULO IX

OPERACIÓN ELIMINACIÓN

En el despacho particular de White Sands, solos los dos, el general y yo seguíamos mirándonos cara a cara.

Ninguno hablaba. Esta actitud duraba ya varias horas. No sé lo que experimentará un condenado a muerte, pero la angustia de la espera se iba apoderando de mí.

Allí, cada uno sentado en enfrentados sillones, había visto caer la noche, brillar las estrellas en el firmamento inmenso y pintarse en él las pálidas livideces del amanecer. Sí. Estaba amaneciendo. El sol brillaría al fin y nuestra tensa situación no habría variado ni un ápice.

Creo que el motivo de que no hablásemos era porque ambos nos encontrábamos ya roncos, hastiados de discutir y ganados por la fiebre homicida.

La única luz encendida mostraba dos caras barbudas, macilentas, surcadas por hondas arrugas de preocupación. El suelo se veía sembrado de colillas de cigarrillo y sobre la mesilla destacaba la botella de «Johnny Walker» a punto de terminar, los vasos, un periódico doblado descuidadamente y ceniza abundante. El grado de tensión no podía ir más allá, porque alguno de nosotros habría acabado por estallar.

De pronto, sobresaltándonos, repicó el timbre del teléfono y el agudo sonido nos comunicó las sacudidas de su vibración.

Davidson, volviendo a la realidad con fiereza, alargó la mano y descolgó el receptor. Yo, de un zarpazo, agarré el aparato supletorio y apreté el auricular en mi oído.

—¡Diga! —tronó el general.

—Washington al habla, señor —anunció la telefonista—. Directamente del Alto Mando Estadounidense.

—¡Póngame!

Sus ojos duros y fríos, veteados de hilillos sangrientos pintados por el sueño y la irritación, se clavaron en los míos. Con mano nerviosa alcanzó el vaso y apuró el círculo de «whisky» del fondo. Luego, chascando la lengua, aguardó.

—Despacho particular del general Davidson en White Sands —agregó la telefonista—. Hable, contralmirante.

—No escuche, señorita, por favor —dijo la voz del contralmirante Mayor del Mando Unido—. Gracias.

He pasado por muchas emociones. He pilotado reactores, atravesado la barrera sónica y visitado el espacio a bordo de un

supercohete triseccional. Soy lo que algunos llamarían un hombre curado de espanto. Pero la impresión que me produjo escuchar por el supletorio la voz de una de las máximas personalidades de la nación, casi me obligó a prorrumpir en exclamaciones de asombro.

Así pues, mi «descabellado» proyecto como calificaba Davidson... ¡había llegado a las altas esferas del país!

—¡A sus órdenes, señor! —dijo Davidson saltando como un muelle—. Lamento mantenerle en pie a tales horas, pero...

—No se disculpe, general. Yo también soy militar... y de una promoción más antigua que la suya —sonrió brevemente—. He ido a la guerra, Soportado las fatigas y pasé muchas noches sin dormir. No me viene de nuevo. Acaba de fallar la comisión que he presidido desde ayer por la tarde. No voy a negarle que su proyecto es bueno. Va a salirnos algo caro, lo reconozco, y el prestigio estadounidense no quedará en muy digno lugar con un nuevo fracaso. Pero, desmenuzadas las razones que usted aduce y confirmadas por los técnicos, «la hierba del espacio» podría causar un desconocido y terrible perjuicio no sólo a Norteamérica, sino al resto del mundo también. La imperante necesidad justifica el dispendio de millones a cargo del Tesoro. Cíñanse en todo al proyecto que hizo inicialmente y opere en consecuencia. Quiero ser el primero en felicitarle, general.

—¡Oh, señor! Yo... no sé cómo... ¡Es magnífico! ¡Gracias, señor, muchas gracias!

Me mordí los labios. Solo de esta forma logré sofocar los gritos de júbilo que pugnaban por escapar, incontenibles, desde lo hondo del pecho. Me sentía tan emocionado y agradecido como el propio Davidson. ¡Triunfaríamos en toda la línea! ¡Nos iba la vida en el empeño!

—Ya sabe que no tiene tiempo que perder —agregó el contralmirante—. No puedo enviarle una confirmación oficial y por escrito de esta conferencia particular y secreta. Deberá bastarle mi autorización. El resto es cosa suya. Ahora bien, le dejo carta blanca en el asunto del «Bandoler». Para que nadie interfiera su acción, y a este fin, recibirá un nombramiento especial por correo aéreo. Siento darle la dirección de un caso perdido de antemano, porque el fracaso será enteramente achacado a su ineptitud. Dispone usted de... —hizo un rápido cálculo mientras debía consultar el reloj— ... de veintidós horas y casi media. Aprovéchelas, general. El lanzamiento del cohete no puede demorarse bajo ningún sentido y la situación ha de quedar debidamente resuelta cuando suene la explosión que lo llevará al espacio. A veces, la Patria nos exige sacrificios un poco extraños y fuera de lo usual. Si algo fallase, si algo se desmoronase a última hora, yo me vería imposibilitado de acudir en su ayuda... y su carrera quedaría destrozada, porque muchos se lanzarían sobre usted como

lobos para despedazarle.

—Lo sé, señor.

—Adelante pues, general. Suerte en la empresa. Ni el mundo debe saber nunca que existió una «hierba del cielo», ni nuestros eternos rivales soviéticos han de sospechar que en el lanzamiento del proyectado cohete lunar existieron factores «provocados» que determinaron su fracaso.

—Entendido, señor.

—Eso es todo, general. Quedan veintidós horas y «menos» de media. ¡Suerte otra vez!

Guardamos un intenso silencio al finalizar la comunicación con Washington. Parecíamos sentir que el suelo se desmoronaba bajo los pies y todo a nuestro alrededor se iba precipitando encima.

Ya teníamos el permiso. ¡El ansiado permiso! He llegado a creer que «la hierba del cielo» se convirtió para Davidson y para mí en una cuestión de amor propio. Pero el general, especialmente, iba a pagar un alto precio por la victoria... si la alcanzábamos.

En su limpia hoja de servicios quedaría imborrablemente registrado el fracaso del «Bandoler». No pude reprimir un sentimiento compasivo hacia él. Jamás volvería a considerarle mi jefe. Era, simplemente, UN BUEN AMIGO. El mejor que he conocido en los últimos tiempos.

—¿Acepta mi enhorabuena, señor? —musité.

—Désela usted mismo, Sammy —contestó—. Es «su» proyecto y no el mío lo que acaban de aprobar. Mi papel se limita a actuar de «parabalas».

—Perdone. No creí que le disgustase hacer algo sublime por el mundo...

Me miró. Frunció las cejas. Colgó lentamente el aparato que aún mantenía en alto.

—Sirva unos tragos —pidió—. Los necesitamos. Y respecto a esa sublime misión que ha ideado... Bueno... ¡Sigo considerándole un incorregible cabezota!

Davidson nunca podría guardarme rencor y en ocasiones me he preguntado qué le impulsó a otorgarme su aprecio desde el primer día. Bebimos despacio, saboreando el «whisky». Luego, de mutuo acuerdo, alargamos las manos y sellamos la alianza con un apretón rudo. ¡Al diablo los resentimientos!

Veintidós horas era el plazo. ¡Había que moverse! ¡Había que volar! Una multitud horrible de cosas estaban en el aire y debían ser resueltas sin dilación.

Lo peor de todo, lo realmente dramático, era que Davidson no asumiría la dirección de los trabajos sobre el «Bandoler» hasta que no llegase el prometido nombramiento especial. Naturalmente, quedaban

otros asuntos por lo que podríamos avanzar algún terreno.

Nos despedimos para darnos un baño y comer algo. No había tiempo que perder, ya que cada segundo cobraba un valor inconcebible. Fui a mi departamento a cambiarme de ropas. Max, el portero, tenía un aviso de Joanna… pero no la llamé por teléfono. Deseaba mantenerla alejada de mí, al margen de la situación.

Cuando llegase el momento de ocupar la cabina del «Bandoler», le enviaría las hojas del cuaderno que escribí en el vuelo de regreso desde Alaska. Allí le explicaba la verdad. Existía una posibilidad contra diez de que regresase con vida a la Tierra. Quería que ella lo supiese todo si las nueve probabilidades en contra aplastaban la única a mi favor.

Davidson pasó a recogerme con su coche y yo le estaba esperando impaciente en la acera. La mañana, plena de sol, invitaba a ver la vida con optimismo y felicidad. Supongo que los dos sentíamos envidia de esos seres anónimos y vulgares que transitan por las calles despreocupadamente.

Ellos, al menos, no vivían en capilla. Pero nosotros —y otras muchas personas que terminan desquiciadas del sistema nervioso— teníamos la obligación de protegerles, de velar por su seguridad. Nunca sabrían que íbamos a garantizar sus vidas poniendo las nuestras sobre el veleidoso tapete del Destino.

—¿Adónde nos dirigimos, señor? —indagué.

—Al campo. He de hablar con los técnicos. Cuando reciba el nombramiento, realizaré algunos cambios entre el personal que trabaja para el «Bandoler». Quiero gente de confianza.

—Eso atraerá las iras de muchos.

—Espero que Dios envíe algún ángel para que nos proteja. Usted no crea que se verá libre de pecado, Sammy. Va a ocupar el puesto del piloto elegido para tripular el «Bandoler». ¡Esto es lo más insensato del embrollo! ¿Por qué razón ha de jugarse la piel?

—Ya lo sabe, señor. Aunque pocas, hay personas que conocen la verdad. Esas personas asistirán al lanzamiento. Se extrañarían si no viesen subir al tripulante prometido en secreto. Nada sucederá, estoy seguro. El dispositivo de lanzamiento funcionará y yo saldré despedido al espacio.

—Claro. ¡A quinientos o seiscientos kilómetros de altura! ¡Más allá de la exosfera!

—¡Oh, no! Lo dispararé antes.

—¿Cuándo?

—A los dos o tres mil metros, antes de llegar a la Troposfera. Caeré a la Tierra dulcemente.

—¡O se desintegrará! ¿No ha pasado semejante posibilidad por su cabeza de chorlito?

—Sí —murmuré lentamente—. Pero el que yo muera… no significa nada comparado con que muera «la hierba». Una víctima más poco importa. Habremos salvado millones de semejantes.

—Millones de semejantes… —rezongó Davidson—. No sé quién está más loco de los tres, si usted, yo… ¡o el contralmirante! ¿Por qué me dejaría convencer?

—Porque, en el fondo, sabe que obramos noblemente, con limpieza de miras. No hay nada lucrativo o codicioso que nos mueva. Es un servicio desinteresado que prestamos al mundo. Y por algo más —le miré de soslayo—. Porque hemos visto morir hombres de piel hinchada y azul. Porque no queremos que se repitan los horrores y las catástrofes del Ártico. Porque si no lo hiciéramos, mi general, el propio desprecio nos amargaría el resto de la existencia. He ahí nuestras razones.

—Bueno… —gruñó—. Cállese de una vez. Ha nacido usted para agente de ventas. No le fallaría ni un cliente.

—Me complace oírlo… porque llegué a pensar que usted y yo acabaríamos a golpes.

—Ya estoy muy viejo para enzarzarme a puñetazos con nadie.

El general reunió a los científicos de su propio grupo al poco de llegar al campo. Yo presencié la entrevista. Fue breve y rápida. Todavía parecen resonar en mis oídos sus palabras.

—Lo que pretendo es muy sencillo, caballeros —dijo—. Voy a ocuparme del lanzamiento del «Bandoler».

Calurosas felicitaciones le interrumpieron. En todos los rostros resplandecieron sonrisas cordiales. Pero Davidson no tardó en borrarlas.

—En el «Bandoler» todo está medido y calculado. Hasta la última onza de peso se ha comprobado para que nada entorpezca el éxito. Si una golondrina anidase a su amparo, sería necesario reemprender los cálculos o dotarlo de una cantidad adicional de combustible. Ustedes lo saben mejor que yo. Necesito que estudien, y resuelvan, una ecuación de vida o muerte…

—No entiendo, general —dijo Pembridge.

—Lo contrario me sorprendería viniendo de usted. ¡Y no me interrumpan! Es absolutamente imprescindible que eliminen quinientos kilogramos de peso sin afectar para nada su funcionamiento esencial.

—¿Qué entiende usted por esencial? —demandó Kinnison.

—El empuje ascensional. Ese cohete ha de llegar «muy alto», de suerte que aunque estallara, ninguna partícula descendiese jamás a nuestro planeta. ¿Comprendido? Quiero llevarlo donde la atracción terrestre jamás logre atraer ni un tornillo. Se ha fabricado para que alcance la Luna. Pero yo les ordeno que vaya más allá. ¡Al mismo Sol!

—Pero... —terció Saxon—. ¿De dónde quiere usted que eliminemos media tonelada de peso?

—Es fácil imaginarlo. Quiten los instrumentos de a bordo menos necesarios.

—¿Cree que hay algo innecesario en un cohete? —se engalló Pembridge.

—Sí. No necesitamos emisora, ni cámaras fotográficas, ni aparatos de observación atmosférica... ¡Todo eso lo considero peso muerto!

—Oiga, general. ¿Está usted bueno de la cabeza?

—¡Quinientos kilogramos es el peso que han de suprimir! ¡Y basta de conversación! —los miró a todos con aire retador—. Salgan de aquí. He terminado.

Tras ellos, Davidson habló con ingenieros, mecánicos, ajustadores y personal especializado en general. Había que hacer un «hueco» en el cohete para instalar la caja. Fue un trabajo exasperante en el que tuvo que forzar al máximo su batalladora agresividad.

Por la tarde, tal como prometió el contralmirante, llegó el nombramiento. Para el general Ronsson, encargado del lanzamiento lunar, fue una verdadera puñalada saberse relevado del mando. Lo mismo ocurrió con sus más afines colaboradores. Al tomar posesión del Campo Experimental Cuatro —desde el que se realizaría el disparo— nos quedaban catorce horas de plazo. ¡Catorce horas, Dios mío!

—Vaya a descansar —me ordenó Davidson—. Le espero aquí a las tres de la madrugada. Escuche mi recomendación: Es mejor que no hable con nadie. Le necesito con la mente despejada.

—Preferiría...

—Es una orden.

—¿Y usted? ¿Por qué no se ordena también un poco de descanso?

—Ya me llegará mañana. Quizá el descanso eterno. Adiós, Sammy.

Dudé. Eché abajo unas palabras que querían salir. Afirmé con la cabeza.

—Adiós, mi general.

Quizá no debía contar lo que sucedió en mi departamento; pero insisto en hacerlo. Fue un hecho desagradable. Algo borrascoso e imprevisto, que bien pudo acarrear consecuencias fatales no solo para mí, sino para la totalidad del género humano. Las virtudes y defectos de las criaturas siempre juegan importantísimo papel en el decurso de la historia. Pero voy a contarlo sin más preámbulos. Juzguen ustedes por mí.

Sabía que no podría dormir. A pesar de esta convicción, me tumbé en el lecho, sin desnudar. Previamente bajé las persianas, a fin de impedir el paso de la luz exterior. De este modo, en sombras y fumando un cigarrillo, tuve ocasión de meditar despacio. ¡Había

tantas cosas en qué pensar!

Imagino que eran sobre las nueve de la noche cuando pulsaron el timbre de la puerta. Di un brinco en la cama. No estaba dormido, pero el timbrazo me asustó. Inmediatamente, supuse que se trataba de Joanna, la cual debía hallarse exasperada por la falta de noticias sobre mí. Reconozco que no tuve valor para enfrentarme con ella. Sin embargo, no era Joanna. Más tarde supe la verdad.

Volvieron a llamar a las diez, a medianoche y por último, hacia las dos de la madrugada. Tanta insistencia —y el motivo de que no sonase el teléfono— me intranquilizó. Una idea que hasta entonces no cruzó por mi imaginación empezó a torturarme. ¿Y si se trataba de Davidson? ¿Es posible que hubiesen aplazado el lanzamiento?

De todas formas, tenía pensado levantarme ya. Así lo hice.

Al abrir la puerta me encontré con un desconocido de rostro afilado, ojos agudos y mirada brillante. Estaba nervioso. Su forma de vestir me llamó enseguida la atención. Cazadora de cuero, camisa gris, pantalones ajustados. Sin duda, se trataba de un colega.

—¿Capitán Nelson?

—Sí —contesté.

—Soy el capitán Willer. Nos hemos visto alguna vez en el club de oficiales, ¿recuerda?

—Pues… Ahora que lo dice, creo que sí.

—¿Puedo pasar? No le entretendré más de cinco minutos.

—Iba a marcharme… Bien; adelante. He de presentarme en el campo dentro de una hora.

—Ya lo sé.

Su respuesta me extrañó. Willer pasó a la pequeña sala y, sin esperar mi ofrecimiento, se derrumbó en un sillón. Los nervios empezaban a apoderarse de él. Habló rápido, sin mirarme a la cara.

—Es la cuarta vez que vengo, Nelson. ¿Por qué no quiso abrirme antes? El conserje me dijo que estaba aquí.

—Debí dormirme. Eso no viene al caso. Explique el motivo de su visita y…

—¿Tiene algo fuerte para beber? —atajó.

—¿«Whisky»?

—Encantado. Sírvame tres o cuatro dedos. No… no me encuentro bien.

—¿Qué le pasa?

—Estoy lleno de odio. Rebosante de ira y despecho. Usted no podrá comprender jamás una canallada así. ¡Y debía comprenderlo, puesto que tiene la culpa de todo!

Le había vuelto la espalda para escanciar el licor en un vaso. Me volví rápido, alterado por un presentimiento. El «whisky» dejó de gorgotear. Willer se frotaba las manos ansiosamente.

—Yo debía tripular el «Bandoler» —agregó—. ¡Yo era el elegido! ¿Sabe lo que significa? Meses de duras pruebas, dietas, ilusiones... ¿Qué me resta de todo ello? ¡Nada! Un general idiota llamado Davidson prefiere que la gloria recaiga en su favorito. ¡Deme el «whisky»!

—Un momento... ¿A qué viene tan agradable sermón, capitán? ¿No le parece que abusa de mi hospitalidad... y de mi paciencia?

—Quiero que renuncie —exigió—. Aún está a tiempo. Alegue que se ha puesto enfermo. Que padece una afección pulmonar. ¡Lo que se le ocurra! Pero renuncie. Necesitarán un sustituto y me elegirán a mí. Hágalo por las buenas o...

—¿O qué?

—¡O lo hará por las malas!

Movió rápidamente la diestra... ¡y extrajo un revólver chato de la cazadora, que empuñó resueltamente! El ojo negro del cañón apuntaba a mi pecho. El índice curvado en torno al gatillo se movía inquieto. Los nudillos estaban blancos, debido a la fuerza con que asía la culata del arma.

—¡Decídase!

—Voy a darle un consejo —propuse con calma—. Beba el «whisky» y lárguese a dormir. Otra vez será, capitán. Ahora es mi oportunidad.

—¡No lo permito!

—¿Y quién es usted para...?

—Soy el hombre que puede matarle. ¡Y le mataré si no colabora!

—¡Domine los nervios, imbécil! ¿En qué cabeza cabe una locura semejante?

—En la mía —se puso de pie, mirándome demencialmente—. Le mato, Nelson. ¡Le mato! ¡No me tiente!

—Oiga, Willer. Sea razonable...

—Es muy fácil apretar el gatillo, ¿sabe? Basta una ligera presión y... ¡el capitán Nelson no va a la Luna!

—¡No irá nadie a la Luna! —grité—. Si usted supiera la verdad no...

—¡Voy a disparar!

Creo que iba a disparar, realmente. Estaba fuera de sí. Yo no lo pensé demasiado. Agité el brazo y el licor le roció el rostro, obligándole a echar la cabeza atrás. Rugió de rabia. Para entonces, yo me había arrojado sobre él igual que un tigre hambriento. Mi primordial preocupación consistió en aterrarle la muñeca. A pesar de ello, logró disparar.

Sentí un mordisco brutal, doloroso, en mi antebrazo izquierdo. La bala no interesó el hueso, pero me desgarró los tejidos salvajemente. Cuantos me conocen saben que soy hombre corpulento y de probada

resistencia física. El tiro, sin embargo, me debilitó. Pero de algún lugar saqué fuerzas de flaqueza. Una voz chillona taladraba mi cerebro, avisando:

—¡Véncele, Sammy! No puedes ser derrotado. Ese hombre ignora el plan. ¡Volaría hecho pedazos junto con el cohete más allá de la Exosfera! ¡Recuerda lo que se juega en esta aventura!

Forcejeamos de un lugar a otro de la habitación. El licorero fue derribado con estrépito. Un fumador quedó patas arriba y medio centenar de cigarrillos se desparramaron por el suelo. Apreté los dientes y disparé mi rodilla a la ingle de Willer.

Gimió. El rodillazo le dobló hacia adelante y yo le enderecé de un gancho bestial. Salió proyectado con violencia hasta la pared. Allí lo obsequié con dos puñetazos más, que terminaron por derrumbarle igual que un saco vacío.

Jadeaba. El dolor me nublaba la vista. Gotas de sangre roja y cálida manchaban los ladrillos. Eché una ojeada al reloj. ¡Las dos y media!

Tambaleándome, anudando un pañuelo a la sangrienta herida, bajé en busca de un «taxi». Era mal momento para encontrarlo y tuve que resignarme a conducir mi coche valiéndome de una mano sana y otra casi inútil. Cuando llegué al campo pasaban dos minutos de las tres. La Zona Experimental Cuatro rebosaba de actividad. Todo estaba dispuesto y se hallaba supeditado a mi sola presencia.

El propio Davidson ayudó a vestirme. Le relaté lo ocurrido y vi lágrimas emocionadas en sus ojos de continuo duros. Un sanitario me vendó el antebrazo y sentí infinito alivio. Fui acompañado por el general al elevador y subí hasta la punta del «Bandoler». Aún recuerdo las palabras del viejo antes de la despedida:

—La caja ha sido acoplada en la cavidad posterior de la última etapa. Va usted a llevarse «la hierba» muy lejos de la Tierra, al espacio, al lugar de donde vino. No olvide que la bomba de relojería estallará pasados los mil kilómetros de altura... ¡pero usted no debe esperar tanto, Sammy!

—Claro que no, señor. Saltaré antes.

—Hemos repasado doscientas veces el dispositivo de salvamento. Funcionará. Es casi imposible que falle. Oiga, muchacho: Vuelva. ¡Por Dios se lo pido, vuelva! ¡No sabría vivir sin regañarle a diario!

—OK, jefe. Volveré. ¿Quiere hacerme un último favor?

—¿Cuál?

—Entregue este sobre a Joanna. Ahí va la dirección.

—¿Qué es? ¿Puedo saberlo?

—Un legado. ¡Adiós, general!

Sonó la voz de aviso. Las gentes se alejaron hasta la zona de seguridad. «Testigos», pensé. Hombres que han visto subir un

tripulante al «Bandoler», como les prometieron en secreto. Todo será normal. Gente que creerá en mi muerte al conocer el estallido del cohete «que fracasó en su intento». Davidson perderá prestigio. Yo, si regreso, deberé permanecer oficialmente «muerto».

Silbidos de gas. Cierre de válvulas. Giróscopos. Luces parpadeantes en el cuadro y latido de motores. Por los auriculares escuché, a la inversa, la cuenta del tiempo. Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡CERO!

Una explosión, una sacudida violenta, sub-gravedad o caída libre. El sueño —algo espantoso— me dominaba. ¡Arriba el cohete! ¡«La hierba del cielo» volvía a su jardín espacial! ¡El Mundo estaba salvado!

EPÍLOGO

Creo que no sería justo que les dejase sin saber el final. Especialmente, teniendo en cuenta que todos conocen el «fracaso» del cohete lunar.

Sí. Pude pulsar el botón y salí despedido al aire, encerrado dentro de la hermética cabina. Descendí desde los tres mil y pico metros balanceándome en los paracaídas de salvamento. No quiero contarles ya más horrores y padecimientos, así que huelga mayor explicación.

Respecto al «Bandoler» y a su fatal cargamento, sólo puedo decirles que jamás volvió a saberse de ellos. Las capas atmosféricas que rodean el Globo guardarán siempre el secreto de su fin. Del capitán Willer… prefiero no hablar. Tuvo mala suerte.

Yo aterricé a muchos kilómetros del campo, en pleno desierto. Tardé varios días en llegar a un lugar civilizado, un poblado limpio y blanco de nombre español. Desde allí me puse en contacto, secretamente, con el general Davidson y él se ocupó de venir a recogerme… acompañado de Joanna, quien sabía toda la verdad.

Bueno. Creo que les bastará como final. Si alguna vez pasan por McWittrick, California, vengan a visitarme. Allí poseo una modesta tienda de artículos deportivos, y vivo feliz con Joanna y mis dos hijos. Pero no se les ocurra preguntar por Samuel Nelson.

Aquel piloto «murió» en la fallida empresa del cohete lunar. Ahora me llamo Thomas Rivers Pimm, para servirles. Tengo documentación y soy un ciudadano corriente que paga sus impuestos al Fisco. Nadie podría asociarme jamás con la alucinante aventura de «la hierba del cielo». Les doy las gracias por haberme prestado su atención. Ha sido un verdadero placer conocerles.

F I N

JAIMITO

la publicación infantil más graciosa e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES DE

JAIMITO

un extraordinario con

36 PÁGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos, seleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACIÓN CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será uno de los nuestros

COLECCIÓN
LUCHADORES DEL ESPACIO

103 —Intriga en el año 2000— *Profesor Hasley*
104 —El extraño profesor Addington— *Profesor Hasley*
105 —Sin noticias de Urano— *C. Aubrey Rice*
106 —Acción inaudita— *C. Aubrey Rice*
107 —El horror invisible— *Karel Sterling*
108 —Más allá de Plutón— *Profesor Hasley*
109 —La revancha de Zamok— *Profesor Hasley*
110 —Situación desesperada— *C. Aubrey Rice*
111 —El experimento del doctor Kellman— *J. Negri O'Hara*
112 —Los habitantes del astro sintético— *Eduardo Texeira*
113 —Los muertos atacan— *Profesor Hasley*
114 —La última batalla— *Profesor Hasley*
115 —1958: Objetivo Luna— *Karel Sterling*
116 —La amenaza de Andrómeda— *Robín Carol*
117 —El silencio de Helión— *Robín Carol*
118 —Ventana al infinito— *J. Negri O'Hara*
119 —El planeta errante— *Karel Sterling*
120 —Regreso a la patria— *George H. White*
121 —Lucha a muerte— *George H. White*
122 —Cautivos del espacio— *Joe Bennett*
123 —Vacío siniestro— *Joe Bennett*
124 —Detrás del universo— *Karel Sterling*
125 —¡Karima!— *Profesor Hasley*
126 —El bosque petrificado— *Profesor Hasley*
127 —Energía Z— *Profesor Hasley*
128 —Fantasmas siderales— *Karel Sterling*
129 —El túnel trasatlántico— *Profesor Hasley*
130 —El mundo subterráneo— *Profesor Hasley*
131 —Entre Marte y Júpiter— *Joe Bennett*
132 —Separación asteroidal— *Joe Bennett*
133 —Náufragos del universo— *Joe Bennett*
134 —La isla de otro mundo— *Eduardo Texeira*
135 —El tiempo desintegrado— *Karel Sterling*
136 —El conquistador del mundo— *Profesor Hasley*
137 —El ejército sin alma— *Profesor Hasley*
138 —Mensajes de muerte— *Karel Sterling*
139 —Motín robótico— *Joe Bennett*
140 —Cita en la Luna— *Van S. Smith*
141 —Misterio en la Antártida— *Larry Winters*
142 —Cosmoville— *Joe Bennett*
143 —Ataúdes blancos de Oberón— *Karel Sterling*
144 —Nosotros, los marcianos— *Van S. Smith*
145 —El doble fatal— *Joe Bennett*
146 —La ruta perdida— *Karel Sterling*
147 —Embajador en Venus— *Van S. Smith*
148 —El astro prohibido— *Joe Bennett*
149 —Niebla alucinante— *C. Aubrey Rice*
150 —La hierba del cielo— *Joe Bennett*

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] En el hemisferio Sur, designado Aurora Austral.

[2] Camilleros, en argot.

[3] Lo que los norteamericanos designan por «approximate limit of permanant Polar Ice».

[4] Military Air Transport Service.

[5] Royal Canadian Air Force.